

# EL ABANDONO DEL LUGAR SECRETO



OSVALDO REBOLLEDA

# EL ABANDONO DELLUGAR SECRETO



OSVALDO REBOLLEDA

Este libro No fue impreso  
con anterioridad  
Ahora es publicado en  
Formato **PDF** para ser  
Leído o bajado en:  
**[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)**

Provincia de La Pampa  
**[rebolleda@hotmail.com](mailto:rebolleda@hotmail.com)**

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Escrito completamente en: **Mérida - México**

Revisión literaria: **Autores argentinos**

Revisión solo ortográfica - **IA**

Diseño de portada: **EGEAD**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

# CONTENIDO

<b>Introducción.....</b>	<b>5</b>
<b>PARTE I: Tratando con el altar abandonado.</b>	
Capítulo uno:	
<b>El altar olvidado.....</b>	<b>11</b>
Capítulo dos:	
<b>Mucho hacer, poco estar.....</b>	<b>17</b>
Capítulo tres:	
<b>La vida pública sin respaldo privado.....</b>	<b>23</b>
<b>PARTE II: La degradación de la vida espiritual.</b>	
Capítulo cuatro:	
<b>La pérdida del lugar secreto.....</b>	<b>30</b>
Capítulo cinco:	
<b>Ruido espiritual o la voz de Dios.....</b>	<b>36</b>
Capítulo seis:	
<b>Dependientes de hombres.....</b>	<b>42</b>
Capítulo siete:	
<b>Emoción sin presencia.....</b>	<b>48</b>
Capítulo ocho:	
<b>La sequedad encubierta.....</b>	<b>53</b>
<b>PARTE III: Las consecuencias de vivir sin altar.</b>	
Capítulo nueve:	
<b>La distorsión de la verdad.....</b>	<b>60</b>
Capítulo diez:	
<b>La pérdida del discernimiento.....</b>	<b>65</b>

Capítulo once:	
<b>La fragilidad espiritual.....</b>	<b>70</b>
Capítulo doce:	
<b>Ministerios sin fuego.....</b>	<b>76</b>
<b>PARTE IV: La restauración del altar.</b>	
Capítulo trece:	
<b>Volviendo al lugar secreto.....</b>	<b>82</b>
Capítulo catorce:	
<b>La disciplina de la intimidad.....</b>	<b>87</b>
Capítulo quince:	
<b>Derribando ídolos modernos.....</b>	<b>93</b>
Capítulo dieciséis:	
<b>Restaurando el altar caído.....</b>	<b>98</b>
<b>PARTE V: El fuego vuelve al altar.</b>	
Capítulo diecisiete:	
<b>El fuego que no se apaga.....</b>	<b>104</b>
Capítulo dieciocho:	
<b>Intimidad que transforma.....</b>	<b>109</b>
Capítulo diecinueve:	
<b>Hombres y mujeres de altar.....</b>	<b>114</b>
Capítulo veinte:	
<b>Una iglesia que vuelve a Su presencia.....</b>	<b>119</b>
 <b>Reconocimientos.....</b>	 <b>126</b>
 <b>Sobre el autor.....</b>	 <b>128</b>

# INTRODUCCIÓN

***“Mas tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público.”***

Mateo 6:6

Vivimos en una generación que ha aprendido a hablar de Dios con soltura, a consumir contenido espiritual con avidez y a moverse dentro de ambientes cristianos con familiaridad, pero que al mismo tiempo ha perdido algo esencial, algo silencioso y profundamente determinante: la capacidad de permanecer a solas con Él.

Nunca antes hubo tantos recursos, tantas predicaciones, tantas plataformas, tantas voces disponibles al instante, y sin embargo, nunca fue tan evidente la ausencia de hombres y mujeres que conozcan verdaderamente la voz de Dios en lo secreto.

Se ha multiplicado la información, pero no necesariamente la transformación; se ha expandido la actividad, pero no la intimidad; se ha sofisticado el lenguaje espiritual, pero se ha debilitado la comunión real. Y allí, en esa tensión invisible, se encuentra una de las crisis más profundas de la Iglesia contemporánea.

Jesús, en medio de un contexto religioso cargado de prácticas externas, señaló con precisión el lugar donde la verdadera vida espiritual debía desarrollarse, no en la exhibición pública, no en la aprobación de los hombres, no en la repetición mecánica de actos visibles, sino en el ámbito secreto donde solo el Padre ve.

El llamado de Jesús a entrar en el aposento personal y cerrar la puerta, no es una sugerencia emocional ni una recomendación secundaria dentro de la vida cristiana, es una revelación del diseño divino, una invitación directa al lugar donde se forma el carácter, se ordena el corazón, se alinea la mente y se enciende el fuego que luego se manifiesta en lo visible. El problema no es que este pasaje haya sido eliminado de la Escritura, sino que ha sido desplazado de la práctica; sigue siendo leído, pero ya no es vivido con la misma centralidad.

El lugar secreto no es simplemente un espacio físico ni un momento aislado del día, es una dimensión espiritual donde dejamos de actuar para comenzar a estar, donde cesa el ruido de las demandas externas y se abre el oído del alma para percibir la voz de Dios.

Allí no hay público, no hay reconocimiento, no hay validación humana, y precisamente por eso es el lugar donde se prueba la autenticidad de la relación. Porque es fácil sostener una apariencia espiritual delante de otros, pero es imposible fingir intimidad cuando nadie está mirando.

A lo largo de la Escritura, cada hombre que fue instrumento en las manos de Dios tuvo un altar, un lugar de encuentro, una vida de comunión que precedía toda manifestación pública. Sin embargo, en nuestros días, hemos aprendido a sostener estructuras sin altar, a desarrollar ministerios sin profundidad devocional, a hablar en nombre de Dios sin haber permanecido con Él.

Se ha producido una sustitución silenciosa pero devastadora: la actividad ha reemplazado la presencia, el movimiento ha reemplazado la comunión, y el hacer ha desplazado al estar. Esto ha generado creyentes que sirven, pero no permanecen; que conocen conceptos, pero no conocen la voz; que participan, pero no se transforman.

Y como resultado, comienzan a manifestarse síntomas que no son superficiales, sino profundamente espirituales: confusión doctrinal, fascinación por lo extraño, dependencia constante de voces humanas, debilidad en el discernimiento y una creciente sequedad interior que muchas veces se intenta ocultar con emoción o con activismo religioso.

El problema, entonces, no es meramente teológico ni estructural, sino relacional. No estamos simplemente frente a una crisis de contenido, sino ante una crisis de comunión. Porque cuando el hombre pierde el lugar secreto, pierde el punto de referencia desde el cual todo lo demás debe ordenarse.

Sin ese espacio de encuentro, la vida espiritual se vuelve vulnerable a todo tipo de influencias, se vuelve dependiente de estímulos externos y pierde la estabilidad que solo la presencia de Dios puede otorgar. Jesús mismo lo expresó con claridad al decir ***“Permaneced en mí, y yo en vosotros... porque separados de mí nada podéis hacer”*** (Juan 15:4 y 5), no como una frase devocional para memorizar, sino como una ley espiritual inalterable. El fruto no es el resultado del esfuerzo humano, sino de la permanencia en la fuente.

Es importante entender que Dios no ha cambiado, su voz no se ha debilitado, su presencia no se ha retirado, su deseo de comunión no ha disminuido. El problema no está en el cielo, sino en la tierra; no está en el carácter de Dios, sino en la prioridad del hombre.

Hemos llenado nuestras agendas, hemos saturado nuestros oídos, hemos ocupado nuestros pensamientos, y en medio de todo eso, hemos dejado de entrar, hemos dejado de cerrar la puerta, hemos dejado de permanecer.

Este libro no nace como una crítica superficial ni como una observación distante, sino como un llamado urgente a regresar al diseño original, a recuperar el lugar donde Dios forma al hombre antes de usarlo, a volver al espacio donde el corazón es tratado, la mente es renovada y la vida es alineada con su voluntad. No es un llamado a hacer más, sino a volver mejor; no es una invitación a sumar actividades, sino a restaurar prioridades; no es una exigencia religiosa, sino una

convocatoria a la comunión. Porque el lugar secreto no es una carga, es un privilegio; no es una obligación, es una puerta abierta; no es un requisito frío, es el espacio donde el alma encuentra vida.

A lo largo de estas páginas, no buscaré simplemente informar, sino confrontar con verdad y guiar hacia la restauración; no trataré de imponer una práctica, sino de revelar una necesidad; no intentaré producir culpa, sino despertar hambre. Porque cuando el hombre vuelve al lugar secreto, algo comienza a ordenarse desde adentro hacia afuera, algo se enciende nuevamente, algo se alinea con el propósito eterno de Dios. El fuego no se sostiene por accidente, se sostiene por altar, y donde el altar es restaurado, el fuego vuelve a arder.

El lugar secreto no ha desaparecido, no ha sido quitado, no ha sido reemplazado por nuevas dinámicas espirituales, simplemente ha sido abandonado. Y todo aquello que es abandonado, inevitablemente comienza a deteriorarse, pero todo aquello que es restaurado conforme al diseño de Dios, vuelve a tener vida, vuelve a tener orden y vuelve a cumplir su propósito. Aquí comienza ese regreso.

***“Estad quietos, y conoced que yo soy Dios.”***

Salmos 46:10

PARTE I

TRATANDO CON  
EL ALTAR  
ABANDONADO

# Capítulo uno

## EL ALTAR OLVIDADO

A lo largo de la historia bíblica, el altar no fue un elemento decorativo ni una expresión opcional de la fe, sino el centro mismo de la relación entre Dios y el hombre, el punto de encuentro donde lo humano se rendía y lo divino se manifestaba, donde la tierra se alineaba con el cielo y donde el corazón encontraba su verdadero orden delante de Dios.

No era simplemente un lugar físico construido con piedras, sino una expresión visible de una realidad espiritual más profunda, la disposición del hombre de acercarse, de reconocer su dependencia, de ofrecerse a sí mismo y de establecer comunión con el Dios vivo.

Cada altar levantado en la Escritura hablaba de un hombre que entendía que la vida no podía sostenerse correctamente sin ese encuentro, que la bendición no era un resultado automático, sino la consecuencia de una relación cultivada.

Abraham, considerado como el padre de la fe, no solo caminó por promesas, sino que caminó edificando altares, y ese detalle no es menor ni secundario, porque revela que su relación con Dios no estaba basada únicamente en lo que esperaba recibir, sino en la comunión que estaba dispuesto a mantener.

***“Y apareció Jehová a Abram, y le dijo: A tu descendencia daré esta tierra; y edificó allí un altar a Jehová, quien le había aparecido. Luego se pasó de allí a un monte al oriente de Bet-el, y plantó su tienda... e invocó el nombre de Jehová”***

Génesis 12:7 y 8

Con esta actitud, Abraham mostró que cada avance en su caminar iba acompañado de un acto de adoración, de un espacio de encuentro, de un reconocimiento constante de la presencia de Dios. No era un hombre que solo avanzaba geográficamente, sino espiritualmente, porque cada altar marcaba una profundización en su relación con Dios.

Sin embargo, cuando se observa la realidad de muchos creyentes en la actualidad, es evidente que ese principio ha sido desplazado, no necesariamente rechazado de manera abierta, pero sí relegado a un segundo plano, a un lugar que ya no ocupa la centralidad que debería tener.

Se ha aprendido a avanzar sin edificar, a moverse sin detenerse, a buscar resultados sin priorizar la comunión, y en ese proceso se ha producido una pérdida silenciosa pero

profunda, porque el altar no es simplemente un símbolo, es el fundamento sobre el cual se construye toda la vida espiritual. Cuando el altar es olvidado, todo lo demás comienza a sostenerse sobre una base débil, inestable, susceptible a cualquier cambio o presión.

El problema no es que el creyente haya dejado de hacer cosas para Dios, sino que ha comenzado a hacerlas sin haber estado con Dios, y esa diferencia, aunque pueda parecer sutil en lo externo, es abismal en lo espiritual. Porque se puede predicar sin altar, pero no con autoridad; se puede servir sin altar, pero no con vida; se puede liderar sin altar, pero no con dirección divina.

Jesús mismo estableció un principio innegociable que podemos ver cuando llamó a sus discípulos. La Palabra no dice que los llamó primero a hacer cosas, sino para estar con Él: ***“Y estableció a doce, para que estuviesen con Él, y para enviarlos a predicar...”*** (Marcos 3:14), de esa manera, marcó un orden que nunca debía ser alterado, la comunión precede a la comisión, la relación precede a la función, el estar precede al hacer.

Cuando ese orden se invierte, cuando el hacer toma el lugar del estar, el ministerio comienza a operar desde el esfuerzo humano y no desde la dependencia divina, y aunque externamente pueda parecer efectivo, internamente comienza a desgastarse, a vaciarse, a perder sustancia. Es entonces cuando aparecen el cansancio, la frustración, la falta de dirección clara, porque se está intentando sostener con

recursos humanos aquello que solo puede sostenerse desde la presencia de Dios. ***“Si Jehová no edificare la casa, en vano trabajan los que la edifican”*** (Salmos 127:1), y esa verdad no solo aplica a estructuras visibles, sino a la vida misma del creyente.

El altar es el lugar donde el hombre reconoce que no es autosuficiente, donde deja de apoyarse en su propia capacidad para comenzar a depender de la gracia de Dios, donde la autosuficiencia es confrontada y la humildad es formada.

Pero en una cultura que exalta la productividad, la eficiencia y el resultado, el altar se vuelve incómodo, porque implica detenerse, implica rendirse, implica reconocer que sin Dios nada puede sostenerse correctamente. Y es precisamente esa incomodidad la que ha llevado a muchos a reemplazar el altar por la actividad, la comunión por el movimiento, la profundidad por la velocidad.

No es casualidad que en muchos contextos se valore más la capacidad de hacer que la capacidad de permanecer, más la visibilidad que la intimidad, más la habilidad que la comunión, porque se ha producido un cambio de enfoque donde lo externo ha tomado prioridad sobre lo interno.

Sin embargo, en el Reino de Dios, el orden es inverso, lo invisible sostiene lo visible, lo secreto determina lo público, lo interno define lo externo. ***“Pero tú, cuando des limosna, no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha... y tu***

***Padre que ve en lo secreto te recompensará en público***” (Mateo 6:3 y 4), estableciendo un principio que atraviesa toda la vida espiritual, Dios obra desde lo secreto hacia lo visible, no al revés.

Cuando el altar es olvidado, el creyente comienza a vivir de recuerdos espirituales en lugar de experiencias actuales, comienza a sostener su fe en base a lo que Dios hizo en el pasado y no en lo que está haciendo en el presente, y eso genera una desconexión progresiva que termina afectando todas las áreas de la vida espiritual.

La oración se vuelve repetitiva, la Palabra se vuelve distante, la sensibilidad se debilita, y sin darse cuenta, la relación comienza a enfriarse. El Señor le dijo a la iglesia de Éfeso: ***“Tengo contra ti, que has dejado tu primer amor”*** (Apocalipsis 2:4), no porque hayan dejado de hacer, sino porque dejaron de amar como al principio, dejaron de buscar, dejaron de permanecer.

El altar no se pierde de un día para otro, se abandona gradualmente, se descuida lentamente, se reemplaza silenciosamente, hasta que un día deja de ser parte de la vida cotidiana, y cuando eso sucede, todo lo demás comienza a deteriorarse, aunque externamente aún se mantenga en pie.

Sin embargo, así como puede ser abandonado, también puede ser restaurado, y esa es una de las verdades más esperanzadoras, porque Dios no cancela al hombre que se ha alejado, sino que lo llama a volver, no lo descarta, sino que

lo invita a restaurar lo que ha sido descuidado. *“Y reparó el altar de Jehová que estaba arruinado”* (1 Reyes 18:30), hizo Elías antes de ver descender el fuego, mostrando que el fuego no viene donde el altar está destruido, sino donde ha sido restaurado.

Este capítulo no busca simplemente señalar una ausencia, sino despertar una conciencia, no pretende generar culpa, sino provocar un retorno, porque el altar no es un concepto teológico para entender, es una realidad espiritual para vivir. Y mientras el altar permanezca olvidado, todo lo demás estará en riesgo, pero cuando el altar vuelve a ocupar su lugar, cuando la comunión vuelve a ser prioridad, cuando el hombre vuelve a detenerse delante de Dios, algo comienza a ordenarse nuevamente, algo se alinea, algo se enciende.

Porque el altar no es el final de la vida espiritual, es el comienzo de todo lo que Dios quiere hacer a través de nuestras vidas. Y, considerando que el altar en el Nuevo Pacto es nuestro corazón, nos conviene revisar, y restaurar si es necesario, esa plataforma de expresión divina.

El Señor mismo advirtió que en los últimos tiempos, el amor de muchos se enfriará (**Mateo 24:12**), por eso debemos dedicar nuestra atención y nuestro enfoque, a la verdadera condición de nuestra vida espiritual.

## Capítulo dos

# MUCHO HACER, POCO ESTAR

Uno de los engaños más sutiles y peligrosos dentro de la vida cristiana no es el abandono visible de la fe, sino la sustitución silenciosa de la comunión por la actividad, una dinámica en la cual el creyente continúa involucrado, continúa sirviendo, continúa participando, pero ha dejado de permanecer en aquello que da sentido y sustancia a todo lo demás.

No se trata de una negación abierta de Dios, sino de una reorganización interna donde el hacer comienza a ocupar el lugar del estar, donde la productividad espiritual se convierte en una medida de valor, y donde la intimidad, sin ser rechazada, es desplazada a un segundo plano, a un espacio cada vez más reducido y menos frecuente.

Esta realidad no es nueva, ya estaba presente en los tiempos de Jesús, y fue expuesta con claridad en una escena profundamente reveladora, cuando el Señor entra en la casa de Marta y María, y allí se manifiestan dos actitudes que,

aunque externas puedan parecer igualmente válidas, internamente responden a prioridades completamente diferentes.

***“Aconteció que, yendo de camino, entró en una aldea; y una mujer llamada Marta le recibió en su casa. Esta tenía una hermana que se llamaba María, la cual, sentándose a los pies de Jesús, oía su palabra. Pero Marta se preocupaba con muchos quehaceres.”***

Lucas 10:38 al 40

No era que Marta estuviera haciendo algo incorrecto en sí mismo, su servicio era legítimo, necesario incluso, pero el problema no estaba en lo que hacía, sino en lo que había dejado de priorizar.

Jesús no corrige su servicio, corrige su enfoque, no le dice que deje de hacer, sino que reconozca qué es lo esencial, qué es lo primero, qué es lo que no puede ser reemplazado sin consecuencias.

***“Marta, Marta, afanada y turbada estás con muchas cosas. Pero solo una cosa es necesaria; y María ha escogido la buena parte, la cual no le será quitada.”***

Lucas 10:41 y 42

En estas palabras se establece un principio que atraviesa toda la vida espiritual, no todo lo que es bueno es esencial, no todo lo que es correcto ocupa el mismo lugar en el diseño de Dios, y cuando lo secundario desplaza a lo

principal, aunque lo secundario sea legítimo, el resultado siempre será desorden.

La ansiedad de Marta no provenía de la falta de actividad, sino de la falta de intimidad, su turbación no era el resultado del servicio en sí, sino de un corazón desconectado de la fuente que da paz en medio del servicio. Y esto revela una verdad que muchas veces no se considera con suficiente profundidad, el hacer sin estar produce desgaste, frustración y confusión, porque se intenta sostener una vida espiritual desde el esfuerzo humano y no desde la comunión con Dios.

El servicio deja de ser una expresión de amor para convertirse en una carga, la responsabilidad se vuelve pesada, la motivación se debilita, y el corazón comienza a resentirse. Al final, lo que debería ser la expresión de un corazón enamorado y rendido, termina siendo la obligación de los que han perdido su lugar secreto.

En nuestros días, este modelo se ha multiplicado, no necesariamente de forma consciente, pero sí de manera práctica, porque se ha instalado una cultura donde el valor muchas veces se mide por la actividad, por la participación, por la visibilidad, y en ese contexto, el estar a los pies de Jesús puede parecer improductivo, puede parecer una pérdida de tiempo, puede parecer algo secundario frente a las demandas constantes del ministerio y de la vida.

Sin embargo, el Reino de Dios no funciona bajo los parámetros de la productividad humana, sino bajo los

principios de la comunión divina, y en ese Reino, el tiempo invertido en la presencia de Dios no es tiempo perdido, es el fundamento de todo lo que luego tendrá valor eterno.

Cuando el creyente pierde la capacidad de estar, comienza a llenar ese vacío con hacer, cuando deja de encontrar satisfacción en la presencia, busca sentido en la actividad, y así se genera un ciclo en el cual cuanto más hace, menos permanece, y cuanto menos permanece, más necesita hacer para sentir que está cumpliendo.

Pero ese ciclo no produce vida, produce desgaste, no genera profundidad, genera superficialidad, no fortalece la relación, la debilita. Porque la vida espiritual no se sostiene por acumulación de acciones, sino por calidad de comunión, no se edifica por lo que el hombre hace para Dios, sino por lo que Dios hace en el hombre cuando este permanece delante de Él.

Jesús, siendo el modelo perfecto, nunca permitió que la demanda de las multitudes desplazara su tiempo a solas con el Padre, nunca dejó que la urgencia del ministerio reemplazara la prioridad de la comunión, y por eso, aun en medio de la actividad constante, su vida estaba profundamente arraigada en la presencia de Dios.

***“Mas Él se apartaba a lugares desiertos, y oraba”***  
**(Lucas 5:16)**, Él no hacía esto como una excepción, sino como una práctica constante, como una disciplina espiritual que sostenía todo lo demás. Y si el Hijo de Dios, en su

perfección, necesitaba apartarse para estar con el Padre, cuánto más el hombre necesita ese espacio para no perder el rumbo, para no desgastarse, para no desviarse.

El problema no es hacer mucho, el problema es hacer sin haber estado, porque cuando el hacer nace del estar, el servicio fluye con vida, con dirección, con propósito, pero cuando el hacer reemplaza al estar, el servicio se vacía, se mecaniza, se vuelve pesado.

Es posible llenar la agenda y vaciar el corazón, es posible sostener responsabilidades externas mientras internamente se pierde la conexión con Dios, y esa es una de las contradicciones más peligrosas dentro de la vida cristiana, porque puede sostenerse por un tiempo sin que sea evidente, pero tarde o temprano comienza a manifestarse en la falta de fruto verdadero.

Jesús dijo: ***“Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, este lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer”*** (Juan 15:5), con esto estableció una verdad que no admite excepciones ni atajos, el fruto no es el resultado del esfuerzo independiente, sino de la permanencia en la fuente. No dice que sin Él se puede hacer poco, dice que no se puede hacer nada, porque todo lo que no nace de la comunión con Él carece de vida eterna, aunque externamente parezca correcto.

Este capítulo no es un llamado a abandonar el servicio, sino a restaurar el orden, a devolver al estar el lugar que

nunca debió perder, a reconocer que la presencia de Dios no es un complemento de la vida cristiana, es su esencia. Porque cuando el hombre vuelve a estar, el hacer se ordena, se purifica, se alinea, pero cuando el hombre solo hace, todo se desordena, se contamina, se debilita. Y en ese sentido, la pregunta no es cuánto estamos haciendo, sino desde dónde lo estamos haciendo, no es cuán ocupado estamos, sino cuán conectado estamos.

Porque en el Reino de Dios, no se trata de elegir entre hacer o no hacer, se trata de aprender a hacer desde el lugar correcto, desde la presencia, desde la intimidad, desde el altar. Y solo cuando ese orden es restaurado, el servicio deja de ser un peso para convertirse nuevamente en una expresión de vida, de amor y de comunión con Aquel, que no nos llamó primero a trabajar para Él, sino a estar con Él.

## Capítulo tres

# LA VIDA PÚBLICA SIN RESPALDO PRIVADO

Existe una relación inseparable, profunda e inalterable entre la vida que el hombre expone y la vida que el hombre cultiva en secreto, una conexión que no siempre es visible de inmediato, pero que con el tiempo se vuelve innegable, porque todo lo que se sostiene en lo público encuentra su verdadera raíz en lo privado, y todo lo que carece de raíz, tarde o temprano comienza a debilitarse, a agrietarse, a perder consistencia.

En el Reino de Dios no existe la posibilidad de una vida pública sólida sin una vida privada consistente, no hay autoridad genuina sin comunión profunda, no hay fruto duradero sin permanencia en lo secreto, porque Dios no edifica desde la apariencia, sino desde la verdad del corazón.

Jesús, en su enseñanza más directa sobre la vida espiritual, no solo señaló la importancia del lugar secreto, sino que estableció un principio que gobierna toda la dinámica del obrar divino, *“y tu Padre que ve en lo secreto*

***te recompensará en público” (Mateo 6:6)***, revelando que lo público no es el origen, sino el resultado, no es la fuente, sino la manifestación de algo que ya ha sido trabajado en lo oculto.

Esta verdad atraviesa no solo la oración, sino también el dar y el ayunar, como se expone en el mismo capítulo, mostrando que todo acto espiritual auténtico nace de una relación invisible antes de expresarse de manera visible. Sin embargo, cuando este orden es invertido, cuando se busca sostener lo público sin haber establecido lo privado, se genera una vida espiritual desequilibrada, donde la apariencia puede mantenerse por un tiempo, pero la sustancia comienza a faltar.

El problema de una vida pública sin respaldo privado no es solamente la falta de profundidad, sino la inevitable exposición que ocurre cuando las circunstancias presionan, cuando las pruebas llegan, cuando las demandas aumentan, porque es en esos momentos donde se revela lo que realmente ha sido edificado. Jesús lo expresó con claridad en la parábola de los dos cimientos:

***“descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos... y no cayó, porque estaba fundada sobre la roca... pero el que oye estas palabras y no las hace, le compararé a un hombre insensato... y fue grande su ruina.”***

Mateo 7:25 al 27

Esto lo enseñó Jesús, estableciendo que la diferencia no estaba en la apariencia externa de la casa, sino en el fundamento invisible sobre el cual había sido construida.

En muchos casos, el creyente puede desarrollar habilidades, adquirir conocimiento, desempeñar funciones, incluso alcanzar cierto reconocimiento, pero si todo eso no está sostenido por una vida secreta sólida, el riesgo de colapso es alto, porque se está construyendo sobre una base que no ha sido fortalecida.

Esto no siempre se percibe de inmediato, porque lo visible puede sostenerse por un tiempo, puede parecer estable, puede incluso dar resultados aparentes, pero cuando la presión aumenta, cuando la exigencia crece, cuando el desgaste se acumula, comienza a evidenciarse la falta de profundidad, la ausencia de raíz, la debilidad del fundamento.

Una de las tragedias más grandes dentro de la vida espiritual es lograr sostener una imagen sin tener una realidad que la respalde, es poder hablar correctamente sin vivir correctamente, es poder guiar a otros sin estar siendo guiado por Dios en lo secreto.

Jesús confrontó esta realidad en los líderes religiosos de su tiempo, quienes tenían apariencia de piedad, pero carecían de una relación genuina con Dios, ***“este pueblo de labios me honra; mas su corazón está lejos de mí”*** (Mateo 15:8), mostrando que es posible mantener una expresión

externa de devoción mientras internamente existe distancia, desconexión y falta de comunión.

El corazón del problema no está en lo público en sí mismo, sino en lo que lo sostiene, porque lo público no es malo ni innecesario, es parte del diseño de Dios que la vida transformada se exprese, que el fruto sea visible, que la luz alumbre delante de los hombres, pero esa expresión solo es auténtica cuando nace de una relación verdadera.

***“Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre” (Mateo 5:16)***, pero esa luz no se produce por esfuerzo humano, se produce por una vida que ha sido encendida en la presencia de Dios.

Cuando el respaldo privado falta, el creyente comienza a depender cada vez más de recursos externos para sostener lo que debería ser interno, necesita estímulos constantes, aprobación continua, reconocimiento visible, porque no está encontrando en lo secreto aquello que debería darle estabilidad, identidad y dirección.

Y en esa dependencia, la vida espiritual se vuelve frágil, vulnerable a la opinión de los demás, sujeta a las circunstancias, inestable en medio de los cambios. Pero cuando el respaldo privado es sólido, cuando la comunión es constante, cuando el altar está encendido, el creyente puede sostenerse incluso en medio de la adversidad, porque su

estabilidad no depende de lo que ocurre afuera, sino de lo que ha sido formado adentro.

Daniel es un ejemplo claro de una vida pública sostenida por una vida privada inquebrantable, porque aún en medio de presión, de decretos contrarios, de amenazas reales, no alteró su práctica de buscar a Dios en lo secreto, ***“cuando Daniel supo que el edicto había sido firmado, entró en su casa... y tres veces al día se arrodillaba y oraba, y daba gracias delante de su Dios, como lo solía hacer antes”*** (Daniel 6:10). Su firmeza en lo público no fue improvisada en el momento de la crisis, fue el resultado de una vida constante de comunión que le había dado raíz, convicción y dirección.

La vida privada no es un complemento de la vida pública, es su fundamento, su origen, su sostén, y cuando ese fundamento es descuidado, todo lo demás queda expuesto a la inestabilidad. No se puede pretender tener autoridad espiritual sin haber estado bajo la autoridad de Dios en lo secreto, no se puede esperar fruto verdadero sin haber permanecido en la fuente, no se puede sostener una vida pública que glorifique a Dios si la vida privada no está alineada con Él.

Este capítulo no busca desvalorizar lo público, sino ubicarlo en el lugar correcto, como consecuencia y no como origen, como manifestación y no como fundamento, porque cuando el orden se respeta, lo público fluye con vida, con autoridad, con dirección, pero cuando se altera, todo se

vuelve pesado, forzado, inconsistente. Y en ese sentido, el llamado es claro, no a reducir lo que se hace, sino a fortalecer aquello que lo sostiene, no a apagar la luz visible, sino a encender el fuego en lo secreto.

Porque al final, lo que el hombre es delante de Dios en lo oculto, eso es realmente, más allá de lo que pueda aparentar delante de los demás, y es en ese lugar invisible donde se define la verdadera condición de la vida espiritual.

Allí no hay audiencia, no hay reconocimiento, no hay presión externa, solo está el hombre y Dios, y es allí donde se establece el fundamento sobre el cual todo lo demás será edificado. Y si ese fundamento es firme, todo lo demás podrá sostenerse, pero si ese fundamento es débil o inexistente, tarde o temprano todo lo visible comenzará a evidenciarlo.

PARTE II

LA DEGRADACIÓN  
DE LA VIDA  
ESPIRITUAL

## Capítulo cuatro

# LA PÉRDIDA DEL LUGAR SECRETO

Hay pérdidas que el hombre percibe de inmediato, que generan una reacción visible, que producen un impacto claro y evidente, pero hay otras pérdidas que ocurren de manera silenciosa, progresiva, casi imperceptible, y que precisamente por esa razón resultan más peligrosas, porque avanzan sin ser confrontadas, se instalan sin ser resistidas y terminan afectando profundamente la esencia misma de la vida espiritual.

La pérdida del lugar secreto pertenece a esta segunda categoría, no irrumpe de golpe, no se manifiesta con estruendo, no produce un quiebre inmediato en la estructura externa de la vida cristiana, sino que comienza con pequeñas concesiones, con leves desplazamientos, con decisiones aparentemente insignificantes que, acumuladas en el tiempo, terminan generando una desconexión profunda entre el hombre y Dios.

Jesús, al enseñar sobre la oración, no solo estableció una práctica, sino que reveló un principio espiritual que define el modo en que el creyente debe relacionarse con el Padre, ***“más tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto”*** (Mateo 6:6), y en esa instrucción se encuentra implícita una dinámica que va mucho más allá del acto de orar, porque habla de entrar, de cerrar, de apartarse, de generar un espacio donde lo externo queda fuera y lo interno queda expuesto delante de Dios. No es simplemente una indicación logística, es una invitación a un tipo de relación que requiere intención, decisión y prioridad.

Sin embargo, la pérdida de este lugar no ocurre porque el hombre rechace abiertamente esta enseñanza, sino porque comienza a relegarla, a postergarla, a adaptarla a sus tiempos y a sus conveniencias, hasta que aquello que debía ser central se convierte en ocasional, y lo ocasional termina siendo eventual, y lo eventual finalmente desaparece de la práctica cotidiana. No es una negación doctrinal, es una omisión práctica, y esa omisión tiene consecuencias profundas, porque lo que no se cultiva, se debilita, y lo que se debilita, eventualmente se pierde.

El lugar secreto no es un concepto abstracto, es una realidad espiritual donde el hombre se encuentra con Dios sin intermediarios, sin distracciones, sin presiones externas, y es en ese espacio donde la relación se vuelve genuina, donde la fe deja de ser teórica para volverse vivencial, donde la voz de Dios deja de ser una idea para convertirse en una experiencia

concreta. Pero cuando ese lugar se pierde, el creyente comienza a depender de otros espacios, de otras voces, de otros estímulos para sostener su vida espiritual, y en ese proceso pierde la capacidad de relacionarse directamente con Dios.

Una de las evidencias más claras de la pérdida del lugar secreto es la incomodidad frente a la quietud, la dificultad para permanecer en silencio, la necesidad constante de estímulo, de contenido, de actividad, porque el corazón se ha desacostumbrado a estar a solas con Dios.

Lo que antes era un deleite se vuelve una carga, lo que antes era una prioridad se vuelve una obligación, lo que antes era un encuentro se convierte en una rutina. ***“Pero vosotros sois linaje escogido... para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable” (1 Pedro 2:9)***, pero esa proclamación pierde fuerza cuando la relación que la sustenta se debilita.

El problema no es que el creyente deje de orar completamente, sino que su oración pierde profundidad, pierde consistencia, pierde realidad, se vuelve superficial, apresurada, condicionada por el tiempo y por las circunstancias. Se ora cuando se puede, no cuando se debe, se busca a Dios en la urgencia, no en la comunión, se acude a Él en la necesidad, pero no se permanece en su presencia. Y en ese tipo de relación, el crecimiento espiritual se estanca, porque no hay un espacio sostenido donde Dios pueda tratar con el corazón, donde pueda corregir, formar, alinear.

La puerta que Jesús menciona en **Mateo 6:6** no es solo física, es simbólica, representa la decisión de separar, de delimitar, de establecer un límite entre lo externo y lo interno, entre el ruido del mundo y la voz de Dios. Pero cuando esa puerta permanece abierta, cuando no hay un corte claro, cuando no hay un espacio definido, todo se mezcla, todo se superpone, y la voz de Dios comienza a diluirse entre tantas otras voces que compiten por la atención del corazón.

Cuando el profeta Elías escapó de las amenazas de Jezabel y se encontró solo en el desierto, el Señor lo siguió, lo alimentó y le habló. No desde un terremoto, no desde un viento recio, no desde un fuego, sin que lo hizo desde: **“un silbo apacible y delicado” (1 Reyes 19:12)**, fue en ese contexto donde Elías reconoció la voz de Dios, no en el estruendo, no en lo espectacular, sino en lo sutil, en lo íntimo, en lo que requiere atención y quietud para ser percibido.

La pérdida del lugar secreto también afecta la identidad del creyente, porque cuando no hay comunión constante, la identidad deja de afirmarse en Dios y comienza a buscar validación en otros espacios, en la opinión de los demás, en el reconocimiento, en la aceptación.

Entonces la vida espiritual se vuelve inestable, fluctuante, dependiente de factores externos, porque ha perdido el ancla que la sostenía. **“Mas el que se une al Señor, un espíritu es con él” (1 Corintios 6:17)**, pero esa unión no se fortalece automáticamente, requiere ser cultivada, requiere

ser alimentada en el tiempo, en la constancia, en la decisión de permanecer.

Es importante entender que Dios no se ha movido de ese lugar secreto, no ha dejado de esperar, no ha dejado de hablar, no ha dejado de estar disponible, la pérdida no es desde su lado, es desde el lado del hombre, que ha dejado de entrar, que ha dejado de cerrar la puerta, que ha dejado de priorizar ese encuentro.

En esa realidad se encuentra una de las verdades más confrontativas y al mismo tiempo más esperanzadoras, porque si el hombre fue quien se alejó, también es el hombre quien puede volver, quien puede restaurar, quien puede recuperar aquello que fue descuidado.

La restauración del lugar secreto no comienza con una emoción momentánea, ni con una decisión impulsiva, comienza con una comprensión profunda de su importancia, con una convicción clara de que sin ese espacio todo lo demás pierde sentido, pierde dirección, pierde vida. No es un ajuste superficial, es un reordenamiento interno donde Dios vuelve a ocupar el primer lugar, donde la agenda se somete a la presencia, donde el tiempo se organiza en función de la comunión y no al revés.

Este capítulo no busca simplemente repetir conceptos, ni pretende describir la pérdida, sino provocar un despertar, una toma de conciencia que nos lleve a reconocer dónde estamos, qué ha sido desplazado, qué ha sido descuidado, y a

partir de allí tomar una decisión firme de volver, de recuperar, de restaurar. Porque el lugar secreto no es un lujo espiritual, es una necesidad vital, es el espacio donde la vida con Dios se sostiene, se fortalece y se desarrolla.

Aunque haya sido abandonado, aunque haya sido descuidado, aunque haya sido reemplazado por otras cosas, sigue estando disponible, sigue siendo accesible, sigue siendo el lugar donde el Padre espera, donde la voz sigue hablando, donde la comunión sigue siendo posible.

La puerta no ha sido cerrada desde el cielo, sigue abierta, pero es el hombre quien debe decidir entrar nuevamente, cerrar la puerta y permanecer. Porque solo en ese lugar se encuentra aquello que no puede ser sustituido por nada más, la presencia real de Dios que transforma, que sostiene y que da sentido a toda la vida espiritual.

## Capítulo cinco

# RUIDO ESPIRITUAL O LA VOZ DE DIOS

Una de las tensiones más profundas de este tiempo no radica en la ausencia de contenido espiritual, sino en su sobreabundancia, no en la falta de voces, sino en la multiplicación de ellas, no en la escasez de mensajes, sino en la saturación constante que llena el oído, pero no necesariamente transforma el corazón.

Vivimos en una era donde el acceso a enseñanzas, predicaciones, opiniones y reflexiones es prácticamente ilimitado, donde el creyente puede escuchar a múltiples voces en cualquier momento del día, donde la exposición es continua y la recepción es constante, pero en medio de ese flujo incesante, la capacidad de discernir, de filtrar y, sobre todo, de escuchar a Dios en lo secreto, se ha visto profundamente afectada.

El problema no es el contenido en sí mismo, ni la posibilidad de aprender, ni el acceso a recursos que en otros tiempos eran impensables, el problema es cuando esa

abundancia reemplaza la comunión, cuando la exposición sustituye la intimidad, cuando el escuchar a otros desplaza el escuchar a Dios.

Porque el oído espiritual no fue diseñado para vivir en saturación, sino en sensibilidad, no fue creado para procesar constantemente múltiples voces, sino para reconocer una voz por encima de todas las demás. **“El que tiene oídos para oír, oiga” (Mateo 11:15)**, dijo Jesús, no refiriéndose a la capacidad física de escuchar, sino a la disposición interna de percibir, de atender, de responder a la voz de Dios.

En este contexto, el ruido espiritual se convierte en uno de los mayores obstáculos para la vida de intimidad, porque no se trata únicamente de ruido secular o mundano, sino de un ruido que muchas veces tiene apariencia de espiritualidad, que habla de Dios, que utiliza lenguaje bíblico, que parece correcto, pero que, al ser consumido sin medida ni discernimiento, termina ocupando el lugar que le corresponde a la comunión directa con el Padre.

Cuando esto ocurre, casi sin darnos cuenta, comenzamos a depender más de lo que escuchamos de otros que de lo que recibimos en lo secreto, comenzamos a formar nuestra vida espiritual en base a estímulos externos en lugar de hacerlo desde una profunda comunión interna con Dios.

La voz de Dios no se impone en medio del ruido, no compete por volumen, no se impone por insistencia, se revela en la intimidad, en la quietud, en el corazón dispuesto a

escuchar. Sus expresiones suelen requerir nuestro enfoque, nuestra atención, nuestra sensibilidad y silencio para ser percibidas. Pero cuando el corazón está saturado, cuando la mente está constantemente ocupada, cuando el oído está lleno de otras voces, ese susurro del Espíritu se vuelve imperceptible, no porque haya dejado de existir, sino porque no hay espacio para escucharlo.

Una de las consecuencias más evidentes del ruido espiritual es la pérdida de la capacidad de permanecer en silencio, la incomodidad frente a la quietud, la necesidad constante de estímulo, de algo que llenar, de algo que escuchar, como si el silencio fuera vacío y no oportunidad, como si la quietud fuera pérdida y no encuentro.

El Señor dijo: *“Estad quietos, y conoced que yo soy Dios”* (Salmos 46:10), esto lo dijo, estableciendo una conexión directa entre la quietud y el conocimiento de Su persona, pero en una generación acostumbrada al movimiento constante, esa quietud se ha vuelto extraña, incómoda, incluso evitada.

Quienes han perdido la práctica del silencio comienzan a llenar ese espacio con más contenido, con más enseñanza, con más exposición, pensando que así crecerá, que así se fortalecerá, que así avanzará, pero el crecimiento espiritual no depende únicamente de lo que se recibe, sino de lo que se procesa, de lo que se medita, de lo que se permite que descienda al corazón.

***“Nunca se apartará de tu boca este libro de la ley, sino que de día y de noche meditarás en él” (Josué 1:8)***, no dice solo leer, no dice solo escuchar, dice meditar, lo cual implica detenerse, reflexionar, profundizar, permitir que la Palabra haga su obra en lo interno. Dios nunca pretendió, incluso en los tiempos de la Ley, que Su Palabra fuera la expresión sobre una piedra, sino el sentir en el corazón de Su pueblo.

Cuando no hay espacio para la meditación, cuando no hay tiempo para procesar, cuando no hay silencio para escuchar, la Palabra pasa rápidamente, no echa raíz, no produce fruto, se convierte en información acumulada y no en transformación vivida. Y en ese estado, el creyente puede saber mucho, pero discernir poco, puede repetir conceptos, pero no vivir realidades, puede hablar de Dios, pero no reconocer su voz.

Jesús estableció una verdad fundamental al decir ***“Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen” (Juan 10:27)***, no dijo que sus ovejas oyen muchas voces, no dijo que sus ovejas se guían por la mayoría, dijo que oyen Su voz, lo cual implica una relación directa, una familiaridad que solo se desarrolla en la comunión, en el tiempo compartido, en la intimidad. Una oveja reconoce la voz de su pastor no por información, sino por la cercanía.

El peligro del ruido espiritual no es solo la distracción, sino la confusión, porque cuando hay demasiadas voces, cuando hay múltiples interpretaciones, cuando hay

diversidad de enfoques, el creyente puede perder claridad, puede dudar, puede desviarse, no por mala intención, sino por falta de referencia interna, por falta de una voz clara que ordene, que alinee, que dirija. Y esa voz no se establece en medio del ruido, se establece en el lugar secreto, en el espacio donde Dios habla sin interferencias, donde el corazón se dispone a escuchar sin distracciones.

Este capítulo no es una invitación a rechazar la enseñanza, ni a aislarse del cuerpo de Cristo, ni a despreciar los recursos disponibles, sino a ordenar, a discernir, a priorizar, a reconocer que ninguna voz, por más ungida que sea, puede reemplazar la voz de Dios en la vida del creyente, que ningún contenido, por más profundo que sea, puede sustituir la comunión directa con el Padre.

Porque cuando el ruido disminuye y el corazón vuelve a la quietud, cuando las voces externas se ordenan y la voz de Dios vuelve a ocupar el centro, algo comienza a restaurarse, la claridad regresa, la dirección se define, la paz se establece. Y entonces el creyente deja de moverse por lo que escucha de otros para comenzar a vivir desde lo que Dios le habla en lo secreto.

La voz de Dios no se ha apagado, no se ha retirado, no ha dejado de hablar, sigue siendo clara, sigue siendo fiel, sigue siendo accesible, pero requiere un corazón que se disponga, que se aparte, que cierre la puerta y que aprenda nuevamente a escuchar. Porque en medio de tanto ruido, el mayor desafío no es encontrar una voz más, sino reconocer

la única voz que tiene autoridad para dirigir la vida. La voz de nuestro Señor que dice:

***“Escucha , pueblo mío, mi enseñanza; inclinen ustedes su oído a las palabras de mi boca.”***

Salmo 78:1

## Capítulo seis

# DEPENDIENTES DE HOMBRES

Una de las consecuencias más profundas y menos reconocidas de la pérdida del lugar secreto es el desplazamiento de la dependencia, un cambio sutil pero determinante donde el creyente deja de apoyarse en Dios para comenzar a apoyarse en los hombres, donde la relación directa con el Padre es reemplazada por la necesidad constante de intermediarios, donde la voz de Dios es sustituida por la voz de otros.

Este proceso no ocurre de manera abrupta ni evidente, no se presenta como una decisión consciente de abandonar la comunión, sino como una inclinación progresiva a buscar afuera lo que ya no se cultiva adentro, a recurrir a otros para recibir dirección, confirmación y sustento espiritual que debería fluir de una comunión personal con Dios.

Desde el principio, el diseño divino fue claro, Dios creó al hombre para tener comunión directa con Él, para caminar en estrecha relación, para escuchar Su voz sin

barreras ni intermediarios humanos, pero a medida que el pecado entró, también se introdujeron estructuras, mediaciones y dependencias que, aunque en ciertos contextos cumplieron una función, nunca reemplazaron el propósito original de una relación directa.

En el nuevo pacto, esta verdad es restaurada con mayor claridad, porque el acceso a Dios ya no está limitado ni condicionado por figuras humanas, sino que ha sido abierto de manera plena. ***“Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia” (Hebreos 4:16)***, no a través de otros hombres, no dependiendo de otras voces, sino con confianza, con libertad, con acceso directo.

Con esto no estoy sugiriendo que los hermanos, los líderes espirituales, o quienes ejercen un rol ministerial, no estén divinamente calificados para ser canales de impartición. Digo que a lo que podamos recibir de otros hermanos, es importante que todos, sin excepción sostengamos una buena comunión espiritual, a través de la cual, no solo recibamos convicción de lo bueno y lo malo, sino dirección clara para confirmar lo que recibamos o para alinearnos correctamente.

Sin embargo, cuando el lugar secreto es abandonado, ese acceso, aunque disponible, deja de ser aprovechado, y el creyente comienza a buscar solamente en otros lo que ya no encuentra en su propia comunión con Dios. Y así se genera una dependencia que no es saludable, una necesidad constante de recibir dirección externa, de escuchar qué dice

tal o cual persona, de consultar, de confirmar, de apoyarse en otros para tomar decisiones que deberían ser guiadas por el Espíritu Santo de manera personal.

Reitero: No se trata de negar el valor del consejo, ni de desestimar el rol de los ministros, porque Dios usa hombres y mujeres para edificar, para enseñar, para guiar, pero una cosa es recibir edificación y otra muy distinta es reemplazar la comunión personal con Dios por la dependencia de otros.

El apóstol Pablo confronta esta realidad cuando dice ***“¿Qué, pues, es Pablo, y qué es Apolos? Servidores por medio de los cuales habéis creído... Yo planté, Apolos regó; pero el crecimiento lo ha dado Dios” (1 Corintios 3:5 y 6)***, dejando en claro que los hombres cumplen una función, pero no ocupan el lugar de Dios, que son instrumentos, pero no la fuente, que pueden acompañar, pero no reemplazar la relación directa del creyente con el Señor. Cuando esta distinción se pierde, el riesgo es alto, porque el corazón comienza a inclinarse hacia los hombres, a darles un lugar que no les corresponde, a depender de ellos de una manera que debilita la relación con Dios.

Una de las señales más evidentes de esta dependencia es la incapacidad de tomar decisiones sin consultar constantemente a otros, la inseguridad espiritual que lleva a buscar confirmación en múltiples voces, la necesidad de que alguien más valide lo que se percibe, como si la voz de Dios no fuera suficiente, como si la comunión personal no tuviera el peso necesario. Y en ese estado, el creyente se vuelve

vulnerable, porque su estabilidad depende de la disponibilidad de otros, de lo que otros digan, de lo que otros interpreten, en lugar de estar arraigado en una relación firme con Dios.

El pueblo de Israel, en un momento clave de su historia, expresó este tipo de dependencia cuando dijo a Moisés ***“Habla tú con nosotros, y nosotros oiremos; pero no hable Dios con nosotros, para que no muramos”*** (Éxodo 20:19), prefiriendo la mediación humana antes que la relación directa con Dios, y aunque esto puede parecer comprensible en ese contexto, revela una tendencia que puede repetirse en cualquier generación, la inclinación a evitar la responsabilidad de la relación personal, delegándola en otros.

Pero en Cristo, esta dinámica es transformada, porque el Espíritu Santo es dado a cada creyente, no solo a algunos, no solo a líderes, sino a todos aquellos que han sido llamados, para guiar, para enseñar, para recordar, para hablar.

***“Pero la unción que vosotros recibisteis de Él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; así como la unción misma os enseña todas las cosas”***

1 Juan 2:27

Esto no implica anular la enseñanza, sino de afirmar que todos tenemos acceso directo a la guía de Dios, que no dependemos exclusivamente de otros para conocer Su voluntad. Incluso cuando nos enseñan, tenemos al Espíritu

Santo para darnos testimonio de lo correcto, o marcarnos el error.

Cuando el lugar secreto es restaurado, esta dependencia comienza a romperse, no en el sentido de aislarse o de rechazar el consejo, sino de reordenar la fuente, de volver a colocar a Dios en el centro, de escuchar primero su voz y luego confirmar, de recibir de Él dirección y luego caminar con otros en unidad, pero no en sustitución. Porque el creyente maduro no es aquel que no escucha a nadie, sino aquel que sabe discernir, que sabe recibir, que sabe filtrar, pero que sobre todo sabe permanecer en Dios y depender de Él.

Es claro que, como ministro de la Palabra, no busco desacreditar el ministerio de hombres y mujeres que Dios ha levantado, sino ubicarlo en su lugar correcto, como un complemento y no como un reemplazo, como una ayuda y no como una fuente única, porque cuando el hombre ocupa el lugar que le corresponde a Dios, el resultado siempre será desequilibrio, confusión y dependencia indebida.

Esto también va para todos los ministros, quienes deben tener en claro, que no deben apropiarse de un derecho divino. Ciertamente tenemos una función como comunicadores de la Palabra, pero no tenemos el derecho de situarnos entre Dios y nuestros hermanos, impidiendo que el Señor haga Su obra en los corazones de ellos. Es más, como ministros debemos capacitar a nuestros hermanos, para que aprendan a cultivar una profunda comunión con Dios, a

escuchar la voz del Espíritu Santo, y a discernir con claridad Su dirección.

El llamado del Nuevo Pacto es claro, volver a la comunión directa, recuperar la comunión personal, aprender nuevamente a escuchar la voz de Dios en lo secreto, a confiar en su guía, a depender de su dirección. Porque cuando el creyente vuelve a ese lugar, cuando su comunión con Dios se fortalece, cuando su oído espiritual se afina, ya no necesita apoyarse de manera constante en otros, porque ha encontrado en Dios la fuente que sostiene, que guía y que da dirección. Siempre habrá edificación de parte de hermanos maduros, pero no habrá lugar para el engaño.

Es entonces, que en lugar de una fe dependiente de hombres, se levanta una fe firme, arraigada en Dios, capaz de caminar con otros, pero no sujeta a otros, capaz de recibir, pero también de discernir, capaz de escuchar, pero sobre todo, capaz de reconocer la voz de Aquel que desde el principio nos llamó a una comunión directa, personal y profunda con Él.

***“Me buscarán y me encontrarán, cuando me busquen de todo corazón.”***

Jeremías 29:13 (NVI)

## Capítulo siete

# EMOCIÓN SIN PRESENCIA

Una de las distorsiones más delicadas dentro de la vida espiritual es la confusión entre emoción y presencia, una sustitución sutil pero profundamente peligrosa donde lo que se siente comienza a ocupar el lugar de lo que realmente es, donde la intensidad de una experiencia es interpretada como evidencia de comunión con Dios, y donde la manifestación externa es tomada como prueba de una realidad interna que no siempre existe.

No se trata de negar el valor de la emoción, porque el encuentro con Dios involucra todo el ser, incluyendo las emociones, pero cuando la emoción se desconecta de la presencia, cuando deja de ser resultado para convertirse en objetivo, la vida espiritual comienza a desviarse hacia una superficialidad que, aunque puede ser impactante en lo momentáneo, carece de sustancia en lo permanente.

El hombre fue creado con la capacidad de sentir, de experimentar, de reaccionar, y en el contexto de la relación

con Dios, esas emociones pueden ser profundamente genuinas, pueden reflejar gozo, reverencia, quebrantamiento, gratitud, pero el problema surge cuando se invierte el orden, cuando se comienza a buscar la emoción en lugar de buscar a Dios, cuando la experiencia se convierte en el fin y no en el resultado, cuando el creyente mide su vida espiritual por lo que siente y no por su comunión real con el Señor.

El apóstol Pablo citando al profeta Habacuc escribió: **“El justo por la fe vivirá” (Romanos 1:17)**, lo hizo remarcando claramente que los hijos de Dios no debemos vivir por lo que sentimos, no por lo que percibimos en un momento determinado, sino por una comunión sostenida, capaz de trascender las fluctuaciones emocionales, porque la fe se basa en lo que Dios ha dicho, no en lo que nosotros deseamos.

En muchos contextos, se ha desarrollado una cultura donde lo emocional tiene un peso central, donde las reuniones se evalúan por la intensidad, donde la espiritualidad se asocia con lo que se experimenta en un momento específico, y en ese ambiente, el creyente puede acostumbrarse a buscar constantemente sensaciones, a depender de ambientes, de estímulos, de dinámicas que produzcan una respuesta emocional, pero que no necesariamente estén sustentadas por una vida de intimidad con Dios. Y así, sin darse cuenta, comienza a formarse una fe inestable, dependiente de experiencias externas, fluctuante según lo que se siente y no según lo que se ha establecido en lo secreto.

La presencia de Dios no se limita a una emoción, no se reduce a una experiencia puntual, no se define por una manifestación visible, es una realidad espiritual que transforma, que alinea, que forma el carácter, que produce fruto.

Moisés, al descender del monte, no traía una emoción pasajera, traía una transformación evidente, ***“y la piel de su rostro resplandecía, después que hubo hablado con Dios”*** (Éxodo 34:29), no como resultado de un momento emocional, sino de una comunión real, profunda, sostenida. La presencia deja huella, deja marca, produce cambio, no se agota en una sensación momentánea.

Cuando la emoción reemplaza a la presencia, el creyente comienza a buscar constantemente nuevas experiencias, nuevas sensaciones, nuevas manifestaciones, porque lo que vivió no lo sostiene, no lo estabiliza, no lo transforma en profundidad. Y entonces se genera una necesidad continua de estímulo, de algo que vuelva a producir ese efecto, de algo que vuelva a generar esa intensidad, pero esa búsqueda no lleva a la madurez, lleva a la dependencia, a la superficialidad, a una vida espiritual que no tiene raíz. ***“Porque el reino de Dios no consiste en palabras, sino en poder”*** (1 Corintios 4:20), y ese poder no es una emoción, es una realidad que se manifiesta en una vida transformada.

El peligro de una fe basada en emociones es que se vuelve inconstante, porque las emociones cambian, fluctúan,

dependen de factores internos y externos, y cuando la vida espiritual se sostiene sobre esa base, el creyente puede sentirse cerca de Dios en un momento y distante en otro, puede sentirse fuerte en un día y débil en otro, no porque Dios haya cambiado, sino porque su referencia está en lo que siente y no en lo que es. Pero cuando la fe se afirma en la comunión, en la presencia, en la relación, entonces hay estabilidad, hay firmeza, hay continuidad, más allá de lo que se experimente en lo emocional.

Nadab y Abiú, hijos de Aarón, ofrecieron fuego extraño delante de Jehová, ***“que Él nunca les mandó”*** (Levítico 10:1), y en ese acto se revela un principio espiritual que no puede ser ignorado, no todo lo que parece espiritual proviene de Dios, no toda manifestación es evidencia de su presencia, no toda intensidad es señal de su aprobación.

Cuando el hombre introduce elementos que no han sido ordenados por Dios, cuando busca producir por sí mismo lo que solo puede venir de Él, el resultado puede parecer impactante en lo externo, pero carece de respaldo divino.

La verdadera presencia de Dios no necesita ser forzada, no necesita ser manipulada, no necesita ser producida por el hombre, se manifiesta donde hay altar, donde hay comunión, donde hay un corazón dispuesto a buscarle en espíritu y en verdad. ***“Mas la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad”*** (Juan 4:23), no en emoción solamente, no en manifestación externa, sino en una relación genuina

que involucra todo el ser, pero que está centrada en la verdad y en la presencia de Dios.

Este capítulo no es una negación de la emoción, sino una reubicación, no es un llamado a eliminar la experiencia, sino a fundamentarla correctamente, a entender que la emoción puede acompañar la presencia, pero no puede reemplazarla, que puede ser una respuesta, pero no el objetivo. Porque cuando la presencia es real, la emoción encuentra su lugar correcto, pero cuando la presencia falta, la emoción intenta ocupar un espacio que no le corresponde, y en ese intento, la vida espiritual se distorsiona.

El llamado es a volver a la esencia, a buscar a Dios por quien Él es y no por lo que se puede sentir, a cultivar una comunión que no dependa de ambientes ni de momentos, sino que se sostenga en lo secreto. Porque es allí, y solo allí, donde la presencia de Dios se establece de manera real, donde la vida es transformada, donde el carácter es formado, donde el fruto es producido.

Cuando esa presencia vuelve a ocupar el centro, cuando la comunión es restaurada, cuando el altar es encendido nuevamente, entonces la emoción deja de ser una necesidad y se convierte en una consecuencia, en una respuesta natural de un corazón que ha sido tocado, transformado y lleno por la realidad viva de Dios, una realidad que no se agota en un momento, sino que permanece, que sostiene y que da vida más allá de cualquier sensación pasajera.

## Capítulo ocho

# LA SEQUEDAD ENCUBIERTA

Hay estados espirituales que resultan evidentes, que se manifiestan con claridad, que se perciben sin dificultad tanto en la vida del creyente como en su entorno, pero hay otros que se desarrollan en silencio, que se esconden detrás de una apariencia funcional, que se disimulan bajo una continuidad de actividad y que, precisamente por eso, se vuelven más peligrosos, porque no son confrontados a tiempo, no son reconocidos con honestidad y terminan afectando profundamente la vida interior sin que lo externo lo delate de inmediato.

La sequedad espiritual encubierta pertenece a este tipo de realidades, no irrumpe con una ruptura visible, sino que se instala de manera progresiva, como un desgaste interno que avanza mientras todo parece seguir en orden.

El creyente que entra en este estado no necesariamente deja de congregarse, no abandona sus responsabilidades, no se desconecta de su entorno espiritual, por el contrario,

muchas veces continúa participando, sirviendo, incluso enseñando, pero internamente algo ha cambiado, algo se ha enfriado, algo ha dejado de fluir. La oración pierde su profundidad, la Palabra deja de ser alimento para convertirse en rutina, la presencia de Dios deja de ser un deleite para transformarse en un concepto, y en ese proceso silencioso la vida espiritual comienza a vaciarse, aunque externamente se mantenga activa.

Este fenómeno es particularmente delicado porque permite sostener una apariencia sin una realidad, permite continuar funcionando sin estar verdaderamente conectado, permite hablar de Dios sin estar siendo transformado por Él en lo secreto.

Jesús confrontó esta condición cuando habló de aquellos que tenían nombre de que vivían, pero estaban muertos, ***“Yo conozco tus obras, que tienes nombre de que vives, y estás muerto”*** (Apocalipsis 3:1), una declaración que revela la posibilidad de una vida espiritual que aparenta, que se presenta, que se percibe como viva, pero que en lo profundo ha perdido su vitalidad.

La sequedad espiritual no comienza en la conducta, comienza en la comunión, no es el resultado inmediato de una mala decisión visible, sino de una serie de omisiones internas, de una falta de cultivo en el lugar secreto, de una relación que ha dejado de ser alimentada. Y como todo lo que no se alimenta, comienza a debilitarse, a deteriorarse, a perder fuerza.

***“Porque dos males ha hecho mi pueblo: me dejaron a mí, fuente de agua viva, y cavaron para sí cisternas, cisternas rotas que no retienen agua.”***

Jeremías 2:13

En esta descripción se encuentra la raíz de la sequedad, no solo el abandono de la fuente, sino el intento de sustituirla por algo que no puede sostener vida.

Cuando el creyente deja de beber de la fuente, inevitablemente comienza a secarse, aunque intente compensarlo con actividad, con conocimiento, con experiencias pasadas, nada puede reemplazar la comunión presente con Dios. Y en ese estado, comienza a desarrollarse una espiritualidad sostenida por la memoria, por lo que fue, por lo que se vivió en otro tiempo, pero no por lo que está ocurriendo ahora. Se recuerdan momentos de intimidad, se mencionan experiencias pasadas, se habla de lo que Dios hizo, pero en el presente no hay frescura, no hay fluir, no hay vida que brote.

Una de las características de la sequedad encubierta es la pérdida de sensibilidad, el corazón se vuelve menos receptivo, menos atento, menos dispuesto, la voz de Dios se percibe distante, la convicción se debilita, la respuesta se vuelve más lenta. Lo que antes producía quebrantamiento ahora apenas genera reacción, lo que antes despertaba hambre ahora pasa desapercibido. ***“Por haberse multiplicado la maldad, el amor de muchos se enfriará”*** (Mateo 24:12), no necesariamente por una rebelión abierta,

sino por un enfriamiento progresivo que afecta la esencia de la relación.

En este estado, el creyente puede continuar funcionando, pero sin fruto verdadero, puede sostener una estructura, pero sin vida, puede mantener una rutina, pero sin transformación. Y esto es particularmente peligroso en contextos donde lo externo tiene mucho peso, porque la apariencia puede ser suficiente para no ser confrontado, para no ser cuestionado, para no ser llevado a examinar lo que realmente está ocurriendo en lo profundo. Pero delante de Dios no hay apariencia que sostenga, no hay forma que sustituya la realidad, porque Él mira el corazón, Él discierne la condición interna, Él conoce la verdadera fuente de donde fluye la vida.

La sequedad espiritual encubierta también produce desgaste, cansancio, falta de gozo, porque se está intentando sostener una vida espiritual sin la fuente que la alimenta. El servicio se vuelve pesado, la responsabilidad se siente como carga, la motivación disminuye, y aunque se continúa, se hace desde el esfuerzo y no desde la gracia. ***“Mi pueblo fue destruido, porque le faltó conocimiento” (Oseas 4:6)***, no solo conocimiento intelectual, sino conocimiento relacional, conocimiento de Dios en la intimidad, en la comunión, en el lugar secreto.

Sin embargo, aun en medio de esta condición, hay una esperanza clara y poderosa, porque la sequedad no es el estado final, es una señal, es una advertencia, es una

evidencia de que algo necesita ser restaurado, de que la fuente debe ser retomada, de que el lugar secreto debe ser recuperado. Dios no abandona al que se ha secado, no lo descarta, no lo deja en esa condición, sino que lo llama a volver, a beber nuevamente, a restaurar la relación.

***“Venid luego, dice Jehová... si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos” (Isaías 1:18)***, Dios siempre ha mostrado que hay un camino de regreso, siempre hay una oportunidad de restauración. ***“Si se humillare mi pueblo, sobre el cual mi nombre es invocado, y oraren, y buscaren mi rostro, y se convirtieren de sus malos caminos; entonces yo oiré desde los cielos, y perdonaré sus pecados, y sanaré su tierra” (2 Crónicas 7:14)***. Sin duda, Dios es un Dios de misericordia, de paciencia y de infinito amor.

Este capítulo no busca exponer para condenar, sino para revelar y conducir a la restauración, porque reconocer la sequedad es el primer paso hacia la recuperación, identificar la falta es el inicio del retorno, entender la causa es el comienzo de la solución. Y en ese proceso, el llamado es claro, no a sostener la apariencia, sino a buscar la realidad, no a continuar en la rutina, sino a volver a la fuente, no a disimular la falta, sino a restaurar la comunión.

Porque cuando el creyente vuelve al lugar secreto, cuando decide nuevamente acercarse, cuando comienza a beber de la fuente, algo comienza a cambiar, la sensibilidad regresa, la vida vuelve a fluir, el gozo se restaura, la fuerza

es renovada. ***“Pero los que esperan a Jehová tendrán nuevas fuerzas”*** (Isaías 40:31), no los que se esfuerzan sin Él, no los que continúan sin comunión, sino los que esperan, los que permanecen, los que vuelven a depender.

Y entonces, lo que estaba seco comienza a reverdecer, lo que estaba apagado comienza a encenderse, lo que estaba debilitado comienza a fortalecerse, no por esfuerzo humano, sino por la restauración de la relación con Aquel que es la fuente inagotable de vida. Porque la sequedad puede haber sido encubierta por un tiempo, pero la vida que Dios da no puede ser ocultada cuando vuelve a fluir desde lo más profundo del corazón.

PARTE III

LAS CONSECUENCIAS  
DE VIVIR  
SIN ALTAR

## Capítulo nueve

# LADISTORSIÓN DE LA VERDAD

Cuando el lugar secreto es abandonado y la comunión con Dios deja de ser el fundamento de la vida espiritual, una de las primeras áreas que comienza a afectarse, aunque no siempre de manera inmediata o evidente, es la percepción de la verdad.

No porque la verdad haya cambiado, no porque la Palabra haya perdido su autoridad, sino porque el corazón que debía recibirla, discernirla y vivirla ha perdido la claridad que solo la presencia de Dios puede otorgar. Y en ese estado, lo que antes era evidente comienza a volverse difuso, lo que antes era firme comienza a relativizarse, lo que antes era innegociable comienza a adaptarse.

La verdad, en el contexto del Reino de Dios, no es simplemente un conjunto de conceptos correctos, ni una estructura doctrinal bien organizada, es una realidad viva que se revela, que se experimenta y que se sostiene en la comunión con Dios. Jesús mismo declaró:

***“Yo soy el camino, y la verdad, y la vida.”***

Juan 14:6

No presentando la verdad como algo separado de su persona, sino como una expresión de quién Él es, lo cual implica que conocer la verdad no es solo entenderla, sino permanecer en comunión con Él. Por eso, cuando esa comunión se debilita, la percepción de la verdad también se ve afectada, porque se pierde la conexión con la fuente que la revela.

El apóstol Pablo advirtió con claridad sobre un tiempo en el cual la verdad sería desplazada, no necesariamente por falta de información, sino por una inclinación del corazón a buscar aquello que se ajuste a sus propios deseos.

***“Porque vendrá tiempo cuando no sufrirán la sana doctrina, sino que teniendo comezón de oír, se amontonarán maestros conforme a sus propias concupiscencias.”***

2 Timoteo 4:3

Este fenómeno no puede entenderse únicamente como un problema externo, como la aparición de falsas enseñanzas, sino como el resultado de un corazón que ha perdido su anclaje en la verdad por haber perdido su comunión con Dios.

Cuando el lugar secreto deja de ser prioridad, el creyente comienza a formar su criterio no desde la presencia de Dios, sino desde la exposición a diferentes voces, desde la

acumulación de ideas, desde la influencia de corrientes que pueden sonar atractivas, novedosas o incluso espirituales, pero que no necesariamente están alineadas con la verdad revelada.

En ese proceso, la verdad deja de ser absoluta para convertirse en interpretativa, deja de ser firme para volverse flexible, deja de ser guía para convertirse en opción. Ante esto, les recomiendo leer mi libro titulado “Comezón de oír” el cual pueden bajar gratuitamente desde mi página personal.

Una de las consecuencias más peligrosas de esta distorsión es que el creyente puede seguir utilizando lenguaje bíblico, puede continuar hablando de Dios, puede incluso defender ciertas verdades, pero internamente ha comenzado a ceder en áreas clave, ha comenzado a aceptar aquello que antes rechazaba, ha comenzado a justificar lo que antes confrontaba.

Todo esto ocurre no necesariamente por rebeldía abierta, sino por falta de discernimiento, por ausencia de la luz que solo la comunión con Dios puede proporcionar. *“Lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbrera a mi camino” (Salmos 119:105)*, pero esa luz no se percibe correctamente cuando el corazón está distante de la presencia de Dios.

La verdad no se sostiene solo por conocimiento, se sostiene por comunión, no se preserva únicamente por estudio, sino por una relación viva con Aquel que es la

verdad. Porque es en la intimidad donde la Palabra cobra vida, donde deja de ser letra para convertirse en revelación, donde el Espíritu Santo guía, ilumina, corrige y afirma. ***“Pero cuando venga el Espíritu de verdad, Él os guiará a toda la verdad” (Juan 16:13)***, no a una parte, no a una versión, no a una interpretación conveniente, sino a toda la verdad, y esa guía no se activa en medio del descuido espiritual, sino en el contexto de una comunión constante.

Cuando el creyente pierde el hábito de estar en la presencia de Dios, también pierde la sensibilidad para reconocer cuándo algo no está alineado, cuándo una enseñanza se desvía, cuándo una idea, aunque atractiva, no tiene fundamento en la verdad.

Y en ese estado, puede comenzar a absorber conceptos sin filtrarlos correctamente, puede adoptar posturas sin examinarlas a la luz de la Palabra, puede ser influenciado sin discernir el origen de lo que está recibiendo. ***“Examinadlo todo; retened lo bueno” (1 Tesalonicenses 5:21)***, pero ese examen requiere luz, requiere comunión, requiere un corazón alineado con Dios.

La distorsión de la verdad no siempre se presenta de manera extrema o evidente, muchas veces comienza con pequeños ajustes, con matices, con énfasis desbalanceados que, aunque no parecen significativos en un inicio, con el tiempo van desplazando el centro, van alterando la perspectiva, van debilitando la firmeza. Y en ese proceso, el creyente puede no darse cuenta de inmediato, porque el

cambio es gradual, porque la transición es sutil, porque la desviación no ocurre de golpe, sino paso a paso.

Con esto no pretendo generar sospechas ni promover una actitud crítica hacia todo, sino despertar una conciencia clara de la importancia de la comunión con Dios como fundamento para sostener la verdad. Porque sin ese fundamento, el conocimiento puede volverse peligroso, la información puede ser mal interpretada, la enseñanza puede ser mal aplicada. Pero cuando la vida está anclada en la presencia de Dios, cuando el lugar secreto es una realidad constante, cuando la relación es viva y activa, la verdad se mantiene firme, clara, inalterable.

El llamado, entonces, no es solo a conocer la verdad, sino a permanecer en ella, no solo a estudiarla, sino a vivirla, no solo a defenderla, sino a ser guardados por ella. Porque la verdad no es algo que el hombre sostiene por su propia capacidad, es algo que se preserva en el contexto de una comunión con Dios, es algo que se fortalece en el lugar secreto.

Cuando esa comunión es restaurada, cuando el creyente vuelve a la presencia, cuando la voz de Dios vuelve a ser central, la verdad recupera su lugar, su claridad, su autoridad. Entonces lo que estaba confuso se ordena, lo que estaba distorsionado se corrige, lo que estaba debilitado se fortalece. Porque la verdad no ha sido alterada, sigue siendo la misma, pero necesita un corazón alineado para ser comprendida, abrazada y vivida en su plenitud.

## Capítulo diez

# LA PÉRDIDA DEL DISCERNIMIENTO

Cuando la comunión con Dios deja de ser el centro y el lugar secreto es reemplazado por la actividad, por el ruido o por la dependencia de voces externas, una de las facultades espirituales que más rápidamente comienza a deteriorarse es el discernimiento.

No se trata simplemente de la capacidad intelectual de analizar o evaluar, sino de una sensibilidad espiritual que permite distinguir, reconocer, separar lo que proviene de Dios de lo que no, lo verdadero de lo aparente, lo eterno de lo momentáneo. El discernimiento no es un talento natural, es el resultado de una relación cultivada, es una consecuencia de la cercanía con Dios, es el fruto de una vida que permanece en su presencia.

La Escritura deja en claro que no todo lo que parece espiritual lo es, que no toda voz proviene de Dios, que no toda manifestación tiene origen divino. *“Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios”* (1

**Juan 4:1**), no como una advertencia para generar temor, sino como una instrucción para desarrollar una vida espiritual madura, capaz de filtrar, de evaluar, de reconocer. Pero este “probar” no puede hacerse correctamente sin discernimiento, y el discernimiento no puede desarrollarse fuera de la comunión con Dios.

Cuando el creyente pierde el hábito de estar en la presencia, su capacidad de percibir se debilita, su sensibilidad se reduce, su oído espiritual se vuelve menos preciso. Y entonces comienza a aceptar cosas que antes habría cuestionado, comienza a tolerar lo que antes habría discernido, comienza a moverse por lo que parece correcto en lugar de por lo que realmente es correcto. No necesariamente por mala intención, sino por falta de claridad, por ausencia de esa luz interna que solo el Espíritu Santo puede dar.

El escritor de Hebreos habla de aquellos que han alcanzado madurez, diciendo que *“tienen los sentidos ejercitados en el discernimiento del bien y del mal”* (Hebreos 5:14), lo cual implica práctica, ejercicio, constancia, no es algo automático, no es algo que se recibe sin proceso, es algo que se desarrolla en el tiempo, en la relación, en la exposición continua a la presencia de Dios. Así como un músculo se fortalece con el uso, el discernimiento se fortalece con la práctica de permanecer, de escuchar, de obedecer.

Pero cuando esa práctica se pierde, cuando el creyente deja de ejercitar su vida espiritual en lo secreto, el discernimiento comienza a atrofiarse, a debilitarse, a perder precisión. Y en ese estado, puede ser influenciado con facilidad, puede confundirse, puede tomar decisiones sin dirección clara, puede interpretar mal situaciones, puede atribuir a Dios lo que no proviene de Él o, por el contrario, ignorar lo que sí viene de su parte.

Una de las manifestaciones más evidentes de la pérdida del discernimiento es la incapacidad de reconocer la voz de Dios en medio de otras voces, la dificultad para distinguir entre lo que es guía del Espíritu y lo que es impulso humano, entre lo que es dirección divina y lo que es deseo personal. ***“Hay camino que al hombre le parece derecho; pero su fin es camino de muerte” (Proverbios 14:12)***, y ese “parecer” es precisamente lo que el discernimiento ayuda a confrontar, porque no todo lo que parece correcto lo es, no todo lo que se siente bien proviene de Dios.

En una generación expuesta a múltiples influencias, a diversas corrientes, a una constante mezcla de ideas, el discernimiento se vuelve indispensable, no como un lujo espiritual, sino como una necesidad básica para no desviarse, para no confundirse, para no ser arrastrado por cualquier viento de doctrina. ***“Para que ya no seamos niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina” (Efesios 4:14)***, y esta estabilidad no se logra únicamente con conocimiento, sino con una vida arraigada en la presencia de Dios.

El discernimiento también está directamente relacionado con la pureza del corazón, porque no se trata solo de percibir correctamente, sino de desear lo correcto, de estar alineado internamente con la voluntad de Dios. ***“Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios” (Mateo 5:8)***, y ese “ver” no es solo una experiencia futura, es una capacidad presente de percibir, de reconocer, de entender. Pero cuando el corazón se contamina, cuando se llena de intereses, de deseos desordenados, de influencias externas, esa visión se nubla, esa percepción se distorsiona.

La pérdida del discernimiento no solo afecta decisiones individuales, afecta también la vida comunitaria, porque cuando una iglesia pierde su capacidad de discernir, puede abrir espacio a influencias incorrectas, puede tolerar prácticas que no están alineadas con la Palabra, puede ser guiada por criterios humanos en lugar de por la dirección de Dios. Y en ese contexto, lo que debería ser un cuerpo sano comienza a debilitarse, a desviarse, a perder su identidad.

Sin embargo, así como el discernimiento puede debilitarse, también puede ser restaurado, porque su origen no está en la capacidad humana, sino en la obra del Espíritu Santo. ***“Porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios” (1 Corintios 2:10)***, y cuando el creyente vuelve a la comunión, cuando retoma el lugar secreto, cuando comienza nuevamente a permanecer en la presencia, esa sensibilidad comienza a recuperarse, esa claridad comienza a restaurarse, ese oído espiritual vuelve a afinarse.

Esta no es una advertencia para generar desconfianza, sino un llamado a recuperar la dependencia correcta, no de la percepción humana, sino de la guía del Espíritu Santo, no de la lógica natural, sino de la comunión con Dios. Porque el discernimiento no es una herramienta opcional, es una protección, es una guía, es una luz en medio de la confusión.

Cuando nos volvemos a ese lugar donde Dios habla, donde el corazón se alinea, donde la mente se renueva, el discernimiento deja de ser una capacidad debilitada para convertirse nuevamente en una herramienta activa, precisa y necesaria para caminar en verdad, para tomar decisiones correctas y para mantenernos firme en medio de un mundo lleno de voces, de influencias y de caminos que parecen correctos, pero que solo pueden ser evaluados correctamente a la luz de la presencia de Dios.

## Capítulo once

# LA FRAGILIDAD ESPIRITUAL

Cuando la vida espiritual deja de estar sostenida por la comunión constante con Dios y el lugar secreto ha sido descuidado, una de las consecuencias inevitables es la fragilidad, una condición interna donde el creyente pierde estabilidad, pierde firmeza, pierde profundidad, y aunque externamente pueda continuar, internamente se vuelve vulnerable, susceptible, fácilmente afectado por circunstancias, emociones, opiniones o presiones externas.

Esta fragilidad no siempre se manifiesta de inmediato, muchas veces se oculta detrás de una apariencia de normalidad, pero en el momento de la prueba, en el tiempo de la presión, en el contexto de la dificultad, se hace evidente con claridad.

Jesús describió esta realidad en la parábola del sembrador, al hablar de aquellos que reciben la palabra con gozo, pero no tienen raíz en sí, *“sino que son de corta duración, pues al venir la aflicción o la persecución por*

***causa de la palabra, luego tropiezan” (Mateo 13:21).*** No era que no habían escuchado, no era que no habían recibido, incluso había una respuesta emocional inicial, pero faltaba lo esencial, la raíz, la profundidad que solo se desarrolla en la permanencia, en la comunión, en el lugar secreto. Y sin raíz, cualquier viento es suficiente para mover, cualquier presión es suficiente para hacer caer.

La fragilidad espiritual no se define por la ausencia de conocimiento, ni por la falta de actividad, sino por la ausencia de profundidad, por la falta de una vida arraigada en Dios, por la carencia de un fundamento sólido. Es posible saber mucho y ser frágil, es posible hacer mucho y ser inestable, porque la fortaleza espiritual no proviene del conocimiento acumulado ni de la actividad desarrollada, proviene de la relación sostenida con Dios.

***“Bendito el varón que confía en Jehová... será como árbol plantado junto a las aguas, que junto a la corriente echará sus raíces... y no verá cuando viene el calor”***

Jeremías 17:7 y 8

Cuando el creyente no está arraigado, su estado espiritual comienza a depender de factores externos, de lo que ocurre a su alrededor, de cómo se siente, de lo que otros dicen, de lo que experimenta en determinados momentos. Y en ese estado, hay días de fortaleza y días de debilidad, momentos de entusiasmo y momentos de caída, no porque Dios haya cambiado, sino porque su vida no está anclada en una relación constante, sino en circunstancias variables.

Pero la vida que está fundada en la presencia de Dios tiene otra naturaleza, no es inmutable en sí misma, pero está sostenida por Aquel que sí lo es. El estar firmes, sin fluctuar por causa de las emociones, es una virtud recibida por la gracia que mana de Su presencia. La comunión profunda y verdadera con el Espíritu Santo, claramente producen estabilidad.

Una de las características de la fragilidad espiritual es la inconstancia, la dificultad para mantenerse firme, para perseverar, para continuar en el mismo camino cuando las condiciones cambian. Se comienza con fuerza, con entusiasmo, con determinación, pero ante la primera dificultad, ante el primer obstáculo, ante la primera frustración, se debilita, se duda, se retrocede.

Jesús dijo con gran autoridad: ***“Pero el que persevere hasta el fin, este será salvo”*** (Mateo 24:13). Aquí, Jesús no está poniendo la salvación en manos de los hombres, pero está dejando en claro que la dependencia genera perseverancia, porque esa perseverancia no es el resultado de la fuerza de voluntad, sino de una vida sostenida por la gracia de Dios en la comunión con Su Espíritu.

La fragilidad también se manifiesta en la dependencia emocional, en la necesidad constante de sentirse bien para continuar, en la incapacidad de avanzar cuando no hay estímulo, cuando no hay motivación externa. Y en ese contexto, la vida espiritual se vuelve inestable, porque las emociones no son constantes, cambian, fluctúan, responden

a múltiples factores. Pero la comunión con Dios produce una estabilidad que trasciende lo emocional, una firmeza que no depende de lo que se siente, sino de lo que se ha establecido en la comunión espiritual.

El apóstol Pablo, hablando de la madurez espiritual, señaló la importancia de crecer *“para que ya no seamos niños fluctuantes”* (Efesios 4:14), porque la infancia espiritual está marcada por la inestabilidad, por la facilidad de ser movido, por la falta de firmeza, de hecho, el mismo apóstol dijo que en los tiempos de su niñez, hablaba como niño, pensaba como niño, y juzgaba como niño (1 Corintios 13:11). Sin embargo, la madurez produce estabilidad, produce constancia, produce firmeza. Y esa madurez no se alcanza solo con el paso del tiempo, se alcanza con el desarrollo de una vida profunda en Dios, con la formación que ocurre en el lugar secreto.

La fragilidad espiritual también expone al creyente al riesgo de desviarse, de tomar decisiones incorrectas, de seguir caminos que parecen correctos pero que no lo son, porque sin una base sólida, sin una relación firme, sin discernimiento claro, cualquier influencia puede tener peso, cualquier voz puede tener impacto. Y en ese estado, el creyente no solo se debilita, sino que puede comenzar a desviarse sin darse cuenta, porque no tiene la firmeza necesaria para sostenerse.

Sin embargo, la fragilidad no es una condena, es una señal, es una evidencia de que la raíz necesita ser

profundizada, de que la comunión necesita ser restaurada, de que el lugar secreto debe ser retomado. Dios no rechaza al que es débil, al contrario, se acerca para fortalecerlo, para afirmarlo, para establecerlo. ***“Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad” (2 Corintios 12:9)***, pero esa gracia se experimenta en la intimidad, en la dependencia, en la comunión con Él.

Ante esto, no busco señalar la debilidad como un defecto sin solución, sino como una condición que puede ser transformada cuando nos volvemos a la fuente, cuando decidimos arraigarnos, cuando comenzamos a profundizar nuestra vida en Dios. Porque la fortaleza espiritual no se construye en lo público, se forma en lo secreto, no se desarrolla en la exposición, sino en la comunión, no se sostiene por esfuerzo humano, sino por la gracia que fluye de una comunión viva.

Y cuando esa comunión es restaurada, cuando los hijos de Dios permanecemos en Él, cuando el altar es encendido nuevamente, la fragilidad comienza a desaparecer, la estabilidad se establece, la firmeza se desarrolla. Entonces ya no somos movidos con facilidad, ya no dependemos de lo externo para sostenernos, ya no fluctuamos constantemente, porque nuestra vida ha sido arraigada en Aquel que es inmutable, fiel y suficiente para sostenernos en todo tiempo.

Porque al final, la diferencia no está en la ausencia de dificultades, sino en la profundidad de la raíz, y esa raíz solo puede desarrollarse en el lugar donde el hombre permanece

delante de Dios, donde su vida es afirmada, fortalecida y sostenida por la comunión constante con Él.

Al exponer estos conceptos, recordé la curiosa dinámica del bambú japonés. Y se preguntarán por qué. Bueno, la verdad es que después de sembrar las semillas de bambú, se abona la tierra y se riega según la necesidad, como cualquier otra planta. Sin embargo, repitiendo este ritual de cuidados pasarán siete años, hasta que el Bambú empieza a crecer. Y entonces ya lo hace rápidamente, y en solo seis semanas puede alcanzar los increíbles treinta metros de altura habituales.

Ahora se estarán preguntando: ¿cómo puede ser que pase de cero a treinta en seis semanas? Y en realidad la respuesta es que no ha tardado solo seis semanas en crecer. Sino que, durante los primeros siete años, en los que aparentemente la planta estaba inactiva, en realidad fue desarrollando un complejo sistema de raíces para sostener el crecimiento de la planta que vendría después.

Así ocurre con nuestra vida espiritual, la madurez es un proceso profundo que suele no verse, pero es la raíz que luego puede sostenernos. Lo visible no puede ser el resultado de la improvisación, sino que debe ser el resultado de la solidez conseguida en el secreto, en la profundidad, en lo que nadie ve, pero que al final termina manifestándose para la gloria del Creador.

## Capítulo doce

# MINISTERIOS SIN FUEGO

Una de las evidencias más preocupantes de la pérdida del lugar secreto no se encuentra únicamente en la vida personal del creyente, sino en la manifestación colectiva de una iglesia que continúa funcionando, que mantiene su estructura, que sostiene su actividad, pero que ha perdido el fuego que le da vida, autoridad y dirección.

No se trata de la ausencia de ministerios, ni de la falta de programas, ni de la escasez de recursos, sino de algo mucho más profundo, la ausencia de la presencia activa de Dios respaldando aquello que se hace en su nombre. Y esta es una de las realidades más delicadas, porque puede sostenerse durante un tiempo sin que sea evidente, puede incluso parecer efectiva, pero carece de aquello que realmente transforma, que realmente impacta, que realmente glorifica a Dios.

El fuego, en el contexto bíblico, no es simplemente una imagen simbólica, es una manifestación concreta de la

presencia de Dios, de su aprobación, de su poder obrando en medio de su pueblo.

Desde el Antiguo Testamento, el fuego descendía sobre el altar como señal de que Dios había aceptado la ofrenda, como evidencia de que la comunión era real, de que el altar estaba en orden. ***“Y salió fuego de delante de Jehová, y consumió el holocausto”*** (Levítico 9:24), mostrando que el fuego no era producido por el hombre, era dado por Dios, pero siempre en el contexto de un altar preparado, de una obediencia establecida, de una relación en orden.

Cuando el altar es descuidado, el fuego no se manifiesta, y aunque el hombre puede intentar sustituirlo, aunque puede generar dinámicas, emociones, estructuras, nada puede reemplazar la presencia real de Dios.

Entonces se produce una de las contradicciones más peligrosas dentro del ministerio, se continúa haciendo, se continúa hablando, se continúa organizando, pero sin el respaldo divino, sin la unción, sin la vida que solo Dios puede impartir. ***“Teniendo apariencia de piedad, pero negando la eficacia de ella”*** (2 Timoteo 3:5), no negando en palabras, sino en la práctica, en la ausencia de poder real, en la falta de transformación genuina.

Un ministerio sin fuego puede sostenerse en lo externo, puede ser organizado, puede ser atractivo, puede incluso ser admirado, pero no puede producir vida espiritual verdadera,

no puede transformar corazones en profundidad, no puede sostener el peso de lo eterno.

Porque la obra de Dios no se sostiene por la capacidad humana, ni por la creatividad, ni por la estrategia, se sostiene por su presencia. ***“No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos” (Zacarías 4:6)***, estableciendo que el origen, el sustento y el resultado de todo ministerio genuino depende de la acción del Espíritu Santo.

Cuando el fuego falta, el ministerio comienza a depender de recursos humanos para sostener lo que debería ser espiritual, se recurre a métodos, a técnicas, a estímulos externos para generar lo que solo la presencia de Dios puede producir. Y en ese proceso, aunque se logren resultados visibles, aunque se mantenga la actividad, internamente hay vacío, hay desgaste, hay falta de sustancia. Porque el hombre puede producir movimiento, pero no puede producir vida, puede generar emoción, pero no puede impartir transformación, puede organizar, pero no puede encender el corazón.

El ejemplo de Elías en el monte Carmelo es profundamente revelador en este sentido, porque antes de que descendiera el fuego, hubo una acción clave, ***“y reparó el altar de Jehová que estaba arruinado” (1 Reyes 18:30)***. El fuego no descendió sobre un altar descuidado, no se manifestó en medio del desorden, no respondió a la improvisación, descendió cuando el altar fue restaurado,

cuando la relación fue alineada, cuando el orden fue establecido. Y este principio sigue siendo vigente, el fuego no es el resultado del esfuerzo humano, es la respuesta divina a un altar en orden.

En muchos contextos, se ha aprendido a sostener ministerios sin fuego, a continuar sin presencia, a avanzar sin dirección divina, y esto genera una iglesia que funciona, pero no arde, que se mueve, pero no transforma, que habla, pero no impacta en profundidad. Y con el tiempo, esto produce desgaste, frustración, porque se está intentando sostener con recursos limitados aquello que solo puede sostenerse desde la presencia ilimitada de Dios.

Jesús mismo advirtió sobre la posibilidad de hacer muchas cosas en su nombre sin haber tenido una relación real con Él, ***“Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre...? Y entonces les declararé: Nunca os conocí”*** (Mateo 7:22 y 23), no porque no habían hecho, sino porque no habían estado, no porque no habían servido, sino porque no habían permanecido. Y esta declaración confronta profundamente la idea de que el hacer es suficiente, mostrando que, sin relación, sin comunión, sin intimidad, todo lo demás pierde su verdadero valor.

El fuego no se mantiene automáticamente, requiere un altar constante, una vida de comunión continua, una dependencia diaria de la presencia de Dios. ***“El fuego arderá continuamente en el altar; no se apagará”*** (Levítico 6:13), entendamos esto hoy, en el contexto del Nuevo Pacto, no

como una promesa automática, sino como una responsabilidad, como una indicación de que el altar que está en nuestro corazón debe ser sostenido, cuidado, alimentado.

Esto no es una crítica a la actividad ministerial, sino una llamada a su restauración, a volver al diseño original, donde el ministerio no nace de la capacidad del hombre, sino de la presencia de Dios, donde el hacer es el resultado del estar, donde el fuego no es producido, sino recibido. Porque cuando el altar es restaurado, cuando la comunión vuelve a su eje central, cuando el lugar secreto es retomado, el fuego vuelve, la presencia se manifiesta, y la vida fluye.

Entonces el ministerio deja de ser un esfuerzo para convertirse en una expresión disfrutable, deja de ser una carga para convertirse en un fluir, deja de depender de lo humano para ser sostenido por lo divino. Porque el fuego no es un añadido opcional, es la evidencia de que Dios está presente, de que la relación es real, de que el altar está encendido.

Donde hay fuego, hay vida, hay transformación, hay autoridad, porque no es el hombre obrando, es Dios manifestándose a través de un hombre que ha decidido volver al lugar secreto, restaurar el altar y permitir que el fuego vuelva a arder.

PARTE IV

LA RESTAURACIÓN  
DEL ALTAR

## Capítulo trece

# VOLVIENDO AL LUGAR SECRETO

Después de haber considerado la pérdida, el deterioro y las consecuencias de una vida espiritual sin altar, se hace inevitable plantear la pregunta que define el rumbo de todo lo que sigue, no cómo sostener lo que ya se ha debilitado, no cómo maquillar lo que ha perdido vida, sino cómo volver, cómo regresar al lugar donde todo comienza, donde todo se ordena, donde todo encuentra su verdadero sentido. Porque si bien la pérdida del lugar secreto es una realidad dolorosa, la posibilidad de volver sigue estando abierta, vigente, accesible para todo aquel que decide hacerlo con determinación y con un corazón dispuesto.

Volver no es un acto automático, no es un impulso momentáneo, no es una emoción pasajera que se disipa con el tiempo, es una decisión profunda, consciente, intencional, que implica reconocer lo que ha sido descuidado, asumir la responsabilidad de haber desplazado lo esencial y establecer un nuevo orden donde Dios vuelve a ocupar el primer lugar. *“Convertíos a mí, y yo me convertiré a vosotros, ha dicho*

*Jehová de los ejércitos” (Zacarías 1:3)*, no como una amenaza, sino como una invitación, como un llamado a restaurar la relación, a retomar el camino que fue abandonado.

El regreso al lugar secreto no comienza con grandes acciones visibles, comienza en lo interno, en la disposición del corazón, en la decisión de priorizar nuevamente la comunión por encima de la actividad, la presencia por encima del movimiento, el estar por encima del hacer.

Y esa decisión, aunque pueda parecer simple en su formulación, requiere un cambio real en la manera de vivir, en la organización del tiempo, en la administración de las prioridades. Porque no se trata de agregar el lugar secreto a una agenda ya llena, se trata de reorganizar la vida en función de ese lugar.

Muchas veces los hermanos esperan sentir algo para volver, esperan una motivación, una carga, una emoción que los impulse, pero el regreso no se sostiene en lo que se siente, se sostiene en lo que se decide. *“Acercaos a Dios, y Él se acercará a vosotros” (Santiago 4:8)*, no cuando se sienta, no cuando sea conveniente, no cuando haya tiempo, sino como una acción concreta, como un paso que se da en fe, aun cuando las emociones no acompañen, aun cuando el hábito se haya perdido, aun cuando la rutina haya sido interrumpida.

Volver al lugar secreto implica también enfrentar resistencias, internas y externas, porque todo aquello que fue

desplazado genera dificultad al intentar ser restaurado. La carne resiste la disciplina, la mente se dispersa, el entorno presiona, las distracciones aparecen, y en ese contexto, el creyente debe comprender que el regreso no será cómodo al principio, pero es necesario.

El lugar secreto no se recupera de manera superficial, no se restaura con intentos ocasionales, requiere constancia, perseverancia, continuidad. Es un hábito santo que debe ser reconstruido, una disciplina que debe ser establecida, un espacio que debe ser defendido. Y en ese proceso, al principio puede parecer seco, puede parecer mecánico, puede parecer difícil, pero a medida que se persevera, algo comienza a cambiar, la sensibilidad regresa, la comunión se profundiza, la presencia se hace real nuevamente.

David, en medio de su clamor, expresó una verdad que revela la esencia de este regreso, ***“Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí”*** (Salmos 51:10), entendiendo que el problema no estaba solo en lo que hacía, sino en lo que había dejado de ser, en la condición de su corazón, en la necesidad de una restauración interna. Y ese es el punto clave del regreso, no se trata solo de retomar una práctica, sino de permitir que Dios trate con el corazón, que ordene, que limpie, que renueve.

Volver al lugar secreto también implica redescubrir el valor de la presencia de Dios, volver a entender que no es una carga, no es una obligación, no es un requisito frío, es un privilegio, es un espacio de vida, es el lugar donde el alma

encuentra lo que no puede encontrar en ningún otro lugar. ***“En tu presencia hay plenitud de gozo; delicias a tu diestra para siempre” (Salmos 16:11)***, no como una promesa lejana, sino como una realidad accesible para todo aquel que decide entrar.

Es importante entender que el regreso no depende de la perfección del hombre, sino de la gracia de Dios, no se trata de alcanzar un nivel para poder volver, sino de volver para ser transformados. Dios no exige un estado previo para recibir, Él recibe para transformar, Él restaura al que vuelve, Él fortalece al que decide acercarse. ***“Al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios” (Salmos 51:17)***, mostrando que el acceso no está condicionado por el mérito, sino por la disposición.

Esta no es una simple invitación, es una convocatoria, un llamado claro, directo, urgente a dejar de postergar, a dejar de justificar, a dejar de esperar el momento perfecto y comenzar a volver ahora, a entrar nuevamente, a cerrar la puerta, a permanecer. Porque todo lo que se ha perdido en la vida espiritual encuentra su punto de restauración en ese lugar, todo lo que se ha debilitado comienza a fortalecerse allí, todo lo que se ha desordenado comienza a alinearse en la presencia de Dios.

Y aunque el camino de regreso pueda parecer desafiante, aunque implique ajustes, decisiones, renunciaciones, lo que se encuentra al otro lado no tiene comparación, porque no se trata solo de recuperar una práctica, se trata de restaurar

una relación, de volver a la fuente, de reencontrarse con Aquel que nunca se fue, que siempre estuvo, que siempre esperó.

Porque el lugar secreto no se cerró desde el cielo, no fue eliminado, no fue reemplazado, sigue estando disponible, sigue siendo el espacio donde Dios habla, donde el Padre espera, donde la vida se renueva. Y todo aquel que decide volver, encuentra que no regresa a un lugar vacío, sino a una presencia viva que transforma, que restaura y que vuelve a encender el fuego que nunca debió apagarse.

## Capítulo catorce

# LADISCIPLINA DE LA INTIMIDAD

Volver al lugar secreto no es el final del proceso, es el comienzo de una vida que debe ser sostenida, cultivada y fortalecida en el tiempo, porque aquello que no se disciplina, inevitablemente se debilita, y aquello que no se sostiene, termina por perderse nuevamente.

La intimidad con Dios, aunque nace de una comunión viva y no de un sistema religioso, requiere ser cuidada con intención, con constancia y con determinación, porque no se trata de un momento aislado, sino de un estilo de vida que debe ser establecido y protegido.

La disciplina, en este contexto, no es una carga legalista ni una imposición externa, es una expresión de amor, es la decisión de dar lugar a lo que se ha reconocido como esencial, es la determinación de ordenar la vida en función de aquello que tiene valor eterno.

El problema no es la disciplina en sí, sino cuando se la desconecta de la comunión, cuando se convierte en rutina vacía, cuando pierde su propósito. Pero cuando la disciplina nace del entendimiento de la necesidad de Dios, se transforma en una estructura que protege la intimidad.

Jesús mismo, siendo el modelo perfecto, vivió una vida marcada por la disciplina espiritual, no porque estuviera sujeto a una obligación, sino porque entendía la prioridad de la comunión con el Padre:

***“Levantándose muy de mañana, siendo aún muy oscuro, salió y se fue a un lugar desierto, y allí oraba”***

Marcos 1:35

Esto no lo hacía como un evento ocasional, sino como una práctica constante, como una decisión repetida que sostenía todo lo demás. No esperaba a tener tiempo, no acomodaba su vida en función de lo demás, sino que priorizaba el encuentro, aun en medio de una agenda demandante.

La disciplina de la intimidad implica establecer tiempos, espacios, hábitos que faciliten y sostengan la comunión, no como una estructura rígida, sino como un marco que permite que la relación crezca. Implica decidir cuándo, dónde y cómo se va a buscar a Dios, no dejando ese encuentro al azar, ni a la disponibilidad momentánea, sino tratándolo como lo que realmente es, una prioridad absoluta.

***“Buscad a Jehová mientras puede ser hallado, llamadle en tanto que está cercano” (Isaías 55:6)***, aquí, la exhortación del profeta no es una invitación ocasional, sino un llamado a una búsqueda intencional y constante. Es una determinación que debemos procurar en el fondo de nuestro corazón. Gente determinada, es gente capaz de sostener la pasión de una vida espiritual efectiva.

Uno de los desafíos más grandes en este punto es la lucha contra la inconstancia, porque el entusiasmo inicial puede ser fuerte, pero si no es sostenido por disciplina, se disipa con el tiempo. Se comienza con determinación, con claridad, con convicción, pero ante las demandas, las distracciones, el cansancio, el hábito puede comenzar a debilitarse. Y es allí donde la disciplina se vuelve clave, porque no se basa en lo que se siente, sino en lo que se ha decidido, no depende de la motivación momentánea, sino de la convicción establecida.

Les ruego que noten, una delicada línea entre la disciplina espiritual legítima, con esfuerzo, y verdadera voluntad, mientras que del otro extremo encontramos la religiosidad, el voluntarismo constante, o la meritocracia espiritual. ¡Cuidado! Disciplina, dominio propio y entrega, no es religiosidad, no es hacer las cosas con nuestras fuerzas, no es independencia de acción para conseguir logros. Es entrega, es rendición voluntaria para que el Señor haga lo que desee con nuestras vidas.

La oración, la meditación en la Palabra y el silencio son pilares fundamentales en esta disciplina, no como prácticas aisladas o religiosas, sino como medios a través de los cuales la comunión se desarrolla. La oración no es solo hablar, es también escuchar, es permanecer, es abrir el corazón delante de Dios.

La Palabra no es solo leer, es meditar, es dejar que penetre, que transforme. El silencio no es vacío, es espacio para que Dios hable, para que el corazón se ordene, para que la mente se alinee. ***“En la ley de Dios está su delicia, y en su ley medita de día y de noche” (Salmos 1:2)***, esto muestra una constancia que va más allá de momentos aislados.

La disciplina también implica enfrentar la carne, porque la naturaleza humana tiende a resistir aquello que no produce gratificación inmediata, tiende a buscar lo cómodo, lo rápido, lo fácil. Pero la intimidad con Dios no se construye en la superficialidad, se desarrolla en la profundidad, en la constancia, en la perseverancia. ***“Velad y orad, para que no entréis en tentación” (Mateo 26:41)***, no como una advertencia distante, sino como una instrucción práctica para sostener la vida espiritual.

Es importante entender que la disciplina no produce intimidad por sí misma, pero crea el espacio donde la intimidad puede desarrollarse, no reemplaza la comunión, pero la sostiene, no genera la presencia de Dios, pero prepara el corazón para recibirla. Y en ese sentido, no se trata de caer

en un sistema rígido, sino de establecer un hábito vivo, flexible en forma, pero firme en esencia.

Con el tiempo, lo que comienza como disciplina se transforma en deleite, lo que al principio requiere esfuerzo se convierte en necesidad, lo que se establece como hábito se vuelve parte de la vida. Y entonces el creyente ya no busca a Dios solo por decisión, sino por deseo, no solo por convicción, sino por hambre, porque ha redescubierto que en ese lugar se encuentra aquello que no puede ser reemplazado por nada más.

Este capítulo no es una llamada a la rigidez, sino a la constancia, no es una invitación a la rutina vacía, sino a la construcción de una vida espiritual sólida, sostenida y profunda. Porque el lugar secreto no se mantiene por accidente, se sostiene por decisión, por disciplina, por una vida que ha entendido que la comunión con Dios no es un evento, es el centro de todo.

Y cuando esa disciplina se establece, cuando la intimidad es cuidada, cuando el altar es alimentado constantemente, el fuego permanece encendido, la presencia se hace real, la vida espiritual se fortalece. Entonces ya no se vive de momentos aislados, sino de una relación continua, no se depende de impulsos, sino de una comunión sostenida.

Porque al final, la intimidad no se improvisa, se construye, y todo aquel que decide disciplinarse en ese camino, descubre que no está invirtiendo tiempo, está

construyendo vida, está fortaleciendo su comunión con Dios, está estableciendo el fundamento sobre el cual todo lo demás podrá sostenerse con firmeza, con claridad y con propósito eterno.

## Capítulo quince

# DERRIBANDO ÍDOLOS MODERNOS

Volver al lugar secreto y establecer la disciplina de la intimidad, inevitablemente confronta otro aspecto que muchas veces permanece oculto, pero que ejerce una influencia silenciosa y constante sobre la vida espiritual: los ídolos modernos, no en la forma tradicional de imágenes visibles o estructuras religiosas externas, sino en aquellas cosas que, sin ser malas en sí mismas, han ocupado el lugar que le corresponde a Dios.

Son cosas que han capturado la atención del corazón, han absorbido el tiempo, han desplazado la comunión y han redefinido las prioridades. Porque la idolatría no comienza con lo que se adora externamente, comienza con lo que se valora internamente, con aquello que el corazón prioriza, con aquello que ocupa el centro.

La Escritura es clara al establecer que Dios no comparte Su lugar, no porque sea un Dios inseguro, sino porque sabe que todo aquello que ocupa Su lugar en la vida

del hombre termina deformando, desviando y debilitando su propósito.

En la Ley otorgada a los hebreos, el Señor ordenó: ***“No tendrás dioses ajenos delante de mí” (Éxodo 20:3)***, esto no lo hizo como una restricción arbitraria, sino como una protección, como una declaración del orden correcto en el cual el hombre debe vivir para mantenerse alineado con la verdad. Pero en este tiempo, los ídolos no siempre se presentan de manera evidente, no se identifican fácilmente, no generan una reacción inmediata, porque muchas veces están disfrazados de cosas legítimas, útiles, incluso necesarias.

Las distracciones tecnológicas, el entretenimiento constante, la saturación de información, la dependencia de las redes, la búsqueda de aprobación, la necesidad de estar siempre conectados, todo esto puede convertirse en un sistema que compite directamente con el lugar secreto, no necesariamente de forma agresiva, pero sí de manera progresiva, ocupando espacios, absorbiendo tiempo, debilitando la capacidad de permanecer en la presencia de Dios.

No es que el creyente rechace a Dios, es que comienza a tener menos espacio para Él, menos tiempo, menos disposición, porque otras cosas han ido tomando prioridad, y cuando eso pasa, aunque lo que hagamos puede no ser malo, termina dinamitando la base de nuestra vida, que es la presencia misma del Señor.

Jesús expresó una verdad que atraviesa este tema con claridad absoluta, ***“Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón”*** (Mateo 6:21), mostrando que el problema no es solo lo que se hace, sino lo que se ama, lo que se valora, lo que se prioriza. Y cuando el corazón comienza a inclinarse hacia otras cosas, cuando el tiempo se invierte mayormente en lo que no edifica, cuando la atención se dispersa constantemente, el lugar secreto comienza a debilitarse, no por falta de deseo consciente, sino por falta de prioridad real.

Los ídolos modernos no siempre exigen adoración explícita, pero sí demandan atención constante, ocupan la mente, consumen el tiempo, capturan el enfoque, y en ese proceso, el creyente puede encontrarse más conectado con lo externo que con Dios, más expuesto a estímulos que a la presencia, más ocupado en consumir que en permanecer. Y así, sin darse cuenta, el altar se enfría, la comunión se debilita, la sensibilidad se reduce.

El apóstol Juan concluye su primera carta con una advertencia breve pero profunda, ***“Hijos, guardaos de los ídolos”*** (1 Juan 5:21), no especificando cuáles, porque su naturaleza puede cambiar según el contexto, pero manteniendo el principio, todo aquello que ocupa el lugar de Dios debe ser guardado, confrontado y, si es necesario, derribado. Porque la idolatría no es solo un pecado externo, es una condición del corazón que desplaza a Dios del centro.

Derribar estos ídolos no es simplemente eliminar cosas externas, es reordenar el corazón, es devolver a Dios el lugar que le corresponde, es establecer nuevamente prioridades correctas, es decidir qué se permite ocupar el tiempo, qué se permite influir en la mente, qué se permite gobernar la atención. Y este proceso no siempre es cómodo, porque implica renunciar, implica limitar, implica tomar decisiones que van en contra de la corriente, que confrontan hábitos, que exigen cambios.

***“Si tu ojo te es ocasión de caer, sácalo” (Mateo 5:29),*** Jesús dijo esto en un lenguaje fuerte para expresar una verdad clara. No demandando una acción literal, sino ordenando tratar de manera radical, todo aquello que afecta la vida espiritual. Todo lo que nos impide una plena comunión con Dios, debe ser tratado con seriedad, no con liviandad, no con excusas, no con justificaciones. Aunque algunas cosas puedan no ser aparentemente malas, o incluso estar permitidas en otros contextos, deben ser evaluadas a la luz de su impacto en nuestra intimidad con Dios.

No se trata de vivir aislados, ni de rechazar todo lo que forma parte de la vida cotidiana, sino de discernir, de ordenar, de establecer límites, de decidir conscientemente qué lugar ocupa cada cosa. Porque cuando todo tiene el mismo nivel de prioridad, lo esencial termina siendo desplazado por lo secundario. Pero cuando Dios vuelve a ocupar el centro, todo lo demás se ordena, se ubica correctamente, pierde su poder de competencia.

Este capítulo no es una condena a los recursos modernos, sino un llamado a no permitir que se conviertan en sustitutos de la presencia de Dios, a no dejar que ocupen el lugar que solo le corresponde a Él. Porque el problema no es la existencia de estas cosas, sino el lugar que ocupan en nuestra vida.

Y cuando esos ídolos son confrontados, cuando el corazón es alineado, cuando las prioridades son restauradas, el lugar secreto comienza a recuperarse con mayor claridad, con mayor libertad, con menos interferencias. Entonces el tiempo con Dios deja de ser interrumpido, la comunión se vuelve más profunda, la atención se enfoca, la presencia se percibe con mayor claridad.

Porque Dios no ha sido desplazado por falta de deseo de su parte, sino por decisiones del hombre, pero esas decisiones pueden ser revertidas, esos lugares pueden ser recuperados, esos ídolos pueden ser derribados. Y cuando eso ocurre, el altar vuelve a ocupar su lugar, la comunión vuelve a fluir, y la vida espiritual comienza a alinearse nuevamente con el propósito para el cual fue diseñada, una relación viva, constante y central con Dios.

## Capítulo dieciséis

# RESTAURANDO EL ALTAR CAÍDO

Hay momentos en la vida espiritual donde no basta con reconocer la pérdida, ni con decidir volver, ni siquiera con establecer disciplinas, sino que se hace necesario detenerse y restaurar, volver a edificar aquello que fue derribado, reparar lo que se ha deteriorado, reconstruir el fundamento que ha sido descuidado.

Porque el altar no solo puede ser abandonado, también puede quedar en ruinas, puede deteriorarse hasta el punto en que ya no sostiene, ya no convoca, ya no representa el lugar de encuentro que alguna vez fue. Y en ese estado, no alcanza con retomar prácticas superficiales, se requiere una restauración profunda, intencional y ordenada.

El relato de Elías en el monte Carmelo ofrece una imagen clara de este proceso, porque antes de que el fuego descendiera, antes de que la presencia de Dios se manifestara de manera evidente, hubo un acto clave que no puede ser pasado por alto: *“Y reparó el altar de Jehová que estaba*

**arruinado” (1 Reyes 18:30).** No improvisó, no avanzó sin atender lo esencial, no buscó resultados sin restaurar el fundamento. Entendió que el problema no era la ausencia del fuego, sino la condición del altar, y que sin altar restaurado no habría respuesta divina.

Restaurar el altar implica volver a lo básico, pero no en el sentido superficial de repetir prácticas, sino en el sentido profundo de recuperar el diseño original de la comunión con Dios. Implica revisar el corazón, confrontar motivaciones, identificar aquello que ha sido desplazado, reconocer las áreas donde la comunión se ha debilitado y comenzar a reconstruir con intención. No es un proceso automático, no ocurre por inercia, requiere decisión, requiere tiempo, requiere disposición a ser tratado por Dios.

Elías no solo reparó el altar, también tomó doce piedras conforme al número de las tribus de Israel, recordando el diseño original, la identidad del pueblo, el pacto establecido. Esto revela que la restauración no es solo funcional, es también espiritual, es volver a la identidad, a la comprensión de quién es Dios y quién es el hombre delante de Él. **“Yo seré vuestro Dios, y vosotros seréis mi pueblo” (Levítico 26:12)**, una relación que no se basa en actividades, sino en comunión profunda, en pertenencia, en cercanía.

En muchos casos, el altar ha sido descuidado no solo por falta de tiempo, sino por falta de entendimiento, por haber reducido la vida espiritual a prácticas externas sin profundidad, por haber perdido la visión de lo que realmente

significa estar en la presencia de Dios. Y por eso, la restauración requiere no solo acción, sino revelación, requiere volver a entender, volver a ver, volver a valorar aquello que fue menospreciado.

Restaurar el altar también implica quitar lo que no corresponde, remover aquello que ha ocupado su lugar, limpiar lo que se ha acumulado, ordenar lo que se ha desordenado. Porque no se puede reconstruir sobre lo que no ha sido tratado, no se puede edificar sobre una base contaminada.

***“Limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios”***  
2 Corintios 7:1

Esto no debe producirse como un simple acto de perfección humana, sino como una disposición a permitir que Dios trate con aquello que afecta nuestra comunión con Él.

Este proceso puede ser confrontativo, porque expone, porque revela, porque muestra lo que ha sido descuidado, pero también es profundamente restaurador, porque abre el camino para que la comunión vuelva a ser real, para que la presencia vuelva a ser central, para que la vida espiritual vuelva a tener fundamento. No es un proceso para condenar, es un proceso para restaurar, para alinear, para devolver al hombre al lugar donde debe estar.

Una vez que el altar es restaurado, el fuego no depende del hombre, el fuego es respuesta de Dios. Elías no produjo el fuego, no lo generó, no lo manipuló, simplemente preparó el altar y esperó, y Dios respondió. ***“Entonces cayó fuego de Jehová, y consumió el holocausto” (1 Reyes 18:38)***, mostrando que cuando el altar está en orden, la respuesta divina no se hace esperar, no porque el hombre lo merezca, sino porque Dios responde a un corazón alineado, a una relación restaurada.

Es importante entender que la restauración del altar no es un evento único, es el inicio de una vida que debe ser sostenida, cuidada, alimentada. No se trata solo de reparar lo que estaba arruinado, sino de mantenerlo, de protegerlo, de no permitir que vuelva a deteriorarse. Porque el altar no se pierde de golpe, se descuida con el tiempo, y de la misma manera, debe ser cuidado continuamente para que permanezca firme.

Esto no es solo una enseñanza, es una invitación a detenerse, a evaluar, a reconocer la condición del altar que opera en nuestro corazón, a no avanzar sin restaurar, a no buscar fuego sin preparar el lugar donde ese fuego debe descender. Porque todo lo que Dios quiere hacer en nuestra vida comienza allí, en ese espacio donde el corazón es presentado, donde la vida es ofrecida, donde la intimidad es restaurada.

Y aunque el altar haya estado en ruinas, aunque haya sido descuidado, aunque haya sido olvidado, puede ser

restaurado, puede ser reconstruido, puede volver a ser el lugar de encuentro. Porque Dios no ha cambiado, su deseo de comunión no ha disminuido, su disposición a responder no se ha agotado. Esto es lo maravilloso de la gracia: Podemos deslizarnos de Su intimidad, podemos descuidar nuestro lugar secreto, pero desde el minuto cero en que volvemos a internarlo, Él nos espera, Él nos recibe, Él nos renueva.

Cuando el altar es restaurado, cuando el corazón vuelve a alinearse, cuando la comunión es recuperada, el fuego vuelve, la presencia se manifiesta, la vida espiritual se enciende nuevamente. Entonces ya no se trata de sostener lo que estaba muerto, sino de vivir desde lo que ha sido restaurado, desde una comunión viva, real y constante con Dios, que vuelve a ocupar el centro de todo.

PARTE V

EL FUEGO  
VUELVE AL ALTAR

## Capítulo diecisiete

# EL FUEGO QUE NO SE APAGA

Cuando el altar ha sido restaurado y la comunión vuelve a ocupar el lugar que nunca debió perder, surge una verdad que define la continuidad de toda la vida espiritual, el fuego no solo debe descender, debe mantenerse, no solo debe encenderse, debe permanecer, no solo debe experimentarse en un momento, debe sostenerse en el tiempo. Porque uno de los errores más comunes es pensar que la restauración es suficiente en sí misma, cuando en realidad es el inicio de una responsabilidad continua, la de cuidar, alimentar y preservar aquello que Dios ha encendido.

La instrucción dada en la ley es clara y directa, ***“El fuego arderá continuamente en el altar; no se apagará”*** (Levítico 6:13), no como una sugerencia, no como una opción, sino como un mandato que revela la dinámica de la vida espiritual.

El fuego provenía de Dios, pero su mantenimiento implicaba la participación del hombre, el altar debía ser

atendido, la leña debía ser colocada, el sacrificio debía ser constante. Esto establece un principio que trasciende el contexto antiguo, la presencia de Dios es un regalo, pero la comunión es una responsabilidad.

El fuego no se apaga de manera repentina, no desaparece de un momento a otro, comienza a debilitarse cuando el altar deja de ser atendido, cuando la comunión pierde constancia, cuando la prioridad se diluye. Es un proceso similar al de la pérdida del lugar secreto, gradual, silencioso, casi imperceptible al inicio, pero con consecuencias profundas si no es confrontado a tiempo. Por eso, la instrucción no es solo encender, es sostener, es velar, es cuidar.

Mantener el fuego implica una vida de dependencia continua, no de experiencias aisladas, no de momentos intensos, sino de una relación constante, diaria, intencional. Implica entender que la vida espiritual no se sostiene por impulsos, sino por permanencia, no por emociones, sino por comunión. ***“Permaneced en mí, y yo en vosotros” (Juan 15:4)***, dijo Jesús, no como una invitación ocasional, sino como una condición para que la vida fluya, para que el fruto permanezca, para que la relación sea real.

El creyente que entiende este principio deja de buscar constantemente nuevos comienzos y comienza a enfocarse en la continuidad, en la fidelidad diaria, en la constancia que sostiene el fuego. Porque no se trata de volver una y otra vez desde cero, sino de aprender a permanecer, a no abandonar,

a no descuidar aquello que ha sido restaurado. Y en esa permanencia se encuentra una profundidad que no puede ser alcanzada por experiencias aisladas, una estabilidad que no depende de lo circunstancial, una madurez que se forma en el tiempo.

El fuego también requiere sacrificio, no en el sentido de una pérdida negativa, sino en el sentido de una entrega consciente, de una vida que se presenta delante de Dios de manera continua. **“Así que, hermanos, os ruego... que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios” (Romanos 12:1)**, no como un acto puntual, sino como una vida ofrecida, como una disposición constante. El altar no es solo un lugar de encuentro, es también un lugar de entrega, de rendición, de consagración.

Una de las razones por las cuales el fuego se apaga es la falta de sacrificio, no porque Dios demande algo para dar, sino porque el corazón que deja de entregarse comienza a cerrarse, comienza a endurecerse, comienza a perder sensibilidad. Pero cuando la vida se mantiene en una actitud de entrega, de dependencia, de búsqueda, el fuego encuentra el espacio para permanecer.

El fuego también está relacionado con la santidad, con una vida alineada con la voluntad de Dios, porque no puede sostenerse en un altar contaminado, no puede permanecer donde hay desorden, donde hay concesiones, donde hay una vida dividida. **“Sed santos, porque yo soy santo” (1 Pedro 1:16)**, no como una exigencia externa, sino como una

condición para vivir en comunión, para sostener la presencia, para mantener el fuego encendido.

Mantener el fuego implica vigilancia, implica estar atento, implica no dar por sentado lo que se ha recibido, implica cuidar lo que ha sido restaurado. Porque lo que no se cuida, se pierde, lo que no se alimenta, se apaga, lo que no se protege, se debilita. Y en este sentido, la vida espiritual requiere una actitud constante de atención, de cuidado, de valoración.

Esto tampoco pretende ser una simple enseñanza sobre la continuidad, es una advertencia y una invitación, una advertencia de que el fuego puede apagarse si no es cuidado, y una invitación a asumir la responsabilidad de sostenerlo, no con esfuerzo humano, sino con una vida alineada, con una comunión constante, con una entrega continua.

Porque el fuego no es solo una experiencia, es una evidencia, es la manifestación de una vida en comunión con Dios, es la señal de que el altar está en orden, de que la comunión es real. Y donde el fuego permanece, hay vida, hay luz, hay dirección, hay transformación.

Y cuando aprendemos a sostener ese fuego, a cuidarlo, a alimentarlo, dejamos de vivir de momentos aislados para comenzar a vivir en una dimensión continua en la presencia de Dios, donde la comunión no es intermitente, sino constante, donde la comunión no es ocasional, sino permanente y profunda.

Porque el fuego que Dios enciende no fue diseñado para apagarse, fue dado para permanecer, para sostener, para alumbrar, y todo aquel que decide cuidar el altar, mantener la comunión y vivir en dependencia, experimenta esa realidad, una vida donde el fuego no se apaga, donde la presencia no se pierde y donde la comunión con Dios se convierte en el centro inquebrantable de todo.

## Capítulo dieciocho

# INTIMIDAD QUE TRANSFORMA

Cuando el altar es restaurado y el fuego permanece encendido, la vida espiritual deja de ser una estructura sostenida por disciplina para convertirse en una realidad viva que comienza a producir fruto, no un fruto superficial ni momentáneo, sino una transformación profunda, visible, consistente, que alcanza todas las áreas de la vida. Porque la intimidad con Dios no es un fin en sí mismo, es el medio por el cual el hombre es formado, alineado y capacitado para vivir conforme al propósito divino. No se trata solo de estar con Dios, sino de ser transformado por estar con Él.

La Escritura establece este principio con claridad al declarar *“Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen”* (2 Corintios 3:18), mostrando que la transformación no ocurre por esfuerzo humano, sino por exposición continua a la presencia de Dios. No es un cambio externo que se impone, es una obra interna que se produce, no es una modificación

de conducta aislada, es una renovación de la naturaleza que se manifiesta en la vida diaria.

La intimidad verdadera siempre produce transformación, porque nadie puede permanecer en la presencia de Dios sin ser confrontado, sin ser alineado, sin ser cambiado. La luz expone, la verdad ordena, la presencia ajusta, y en ese proceso, el hombre deja de ser el mismo, comienza a pensar diferente, a sentir diferente, a actuar diferente. No por obligación, sino por convicción, no por imposición, sino por revelación.

Moisés, después de estar en la presencia de Dios, descendía con el rostro resplandeciente, no porque buscaba manifestar algo externo, sino porque había sido afectado por lo que había experimentado en lo secreto. ***“No sabía Moisés que la piel de su rostro resplandecía” (Éxodo 34:29)***, y este detalle es significativo, porque revela que la verdadera transformación no se busca para ser vista, se produce como resultado de la comunión, y es evidente aun cuando no se intenta mostrar.

La transformación que nace de la intimidad no es superficial ni selectiva, no alcanza solo ciertas áreas mientras deja otras intactas, es integral, afecta el carácter, las decisiones, las relaciones, las prioridades. Comienza en lo interno, pero inevitablemente se manifiesta en lo externo. ***“Por sus frutos los conoceréis” (Mateo 7:16)***, no por lo que dicen, no por lo que aparentan, sino por lo que producen, por

lo que fluye de una vida que ha sido transformada en la presencia de Dios.

Uno de los errores más comunes es intentar producir fruto sin transformación, buscar resultados visibles sin haber permitido que Dios trate con lo interno, querer manifestar lo externo sin haber cultivado lo secreto. Pero el fruto no se fabrica, se produce, y se produce en la medida en que la vida permanece en la fuente. ***“El que permanece en mí, y yo en él, este lleva mucho fruto” (Juan 15:5)***, no como una promesa aislada, sino como una consecuencia directa de la permanencia.

La intimidad también produce autoridad, no una autoridad basada en posición o reconocimiento, sino una autoridad espiritual que nace de la relación, de haber estado con Dios, de haber sido formado en su presencia. Los discípulos, después de haber sido usados por Dios, fueron reconocidos no por su conocimiento, sino por su relación, ***“reconocían que habían estado con Jesús” (Hechos 4:13)***, y ese reconocimiento no provenía de lo que hacían solamente, sino de lo que eran, de lo que reflejaban.

La transformación que proviene de la intimidad también trae libertad, porque rompe cadenas internas, libera de patrones, alinea el corazón con la verdad. ***“Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres” (Juan 8:32)***, pero ese conocimiento no es solo intelectual, es relacional, es una verdad que se experimenta en la comunión, que se aplica en la vida, que transforma desde adentro.

Es importante entender que esta transformación es progresiva, no ocurre de un momento a otro, no es instantánea en su totalidad, es un proceso continuo, *“de gloria en gloria”*, un avance constante, una obra que Dios realiza en la medida en que el creyente permanece, en la medida en que la intimidad se sostiene, en la medida en que el altar se mantiene encendido.

Este capítulo no es una promesa superficial de cambio, es una declaración profunda de lo que ocurre cuando la vida se alinea con el diseño de Dios, cuando la comunión es restaurada, cuando la presencia se convierte en el centro. Porque no hay transformación real fuera de la intimidad, no hay cambio duradero sin comunión, no hay fruto verdadero sin permanencia.

Cuando esta intimidad se establece, cuando dejamos de buscar solo experiencias y comenzamos a vivir una comunión constante, la transformación deja de ser un objetivo y se convierte en una consecuencia, en una evidencia de que algo real está ocurriendo en lo profundo de nuestro corazón.

Entonces la vida comienza a reflejar lo que ha sido formado en lo secreto, el carácter se alinea, las decisiones se ordenan, las relaciones se sanan, el propósito se clarifica. Porque los cristianos que permanece en la presencia de Dios no pueden seguir siendo los mismos, no porque lo intenten, sino porque han sido tocados, moldeados y transformados

por Aquel que, en lo secreto, forma la vida que luego se manifiesta en lo visible.

*“...Tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público.”*

Mateo 6:6

## Capítulo diecinueve

# HOMBRES Y MUJERES DE ALTAR

A lo largo de toda la Escritura, cuando Dios ha decidido obrar con poder, establecer propósito y manifestar su gloria en medio de una generación, nunca lo ha hecho a través de multitudes superficiales, sino mediante hombres y mujeres que tenían altar, personas que no solo conocían de Dios, sino que caminaban con Él, que no solo hablaban en su nombre, sino que habían aprendido a permanecer en su presencia.

Porque el instrumento que Dios usa no se forma en lo público, se forma en lo secreto, no se define por lo que hace delante de los hombres, sino por lo que es delante de Su presencia. Tal vez nosotros podemos juzgar a una persona por su apariencia, y algunos hacen un buen trabajo para disfrazarse de lo que no son, pero al final, Dios tiene muy en claro quienes son los que permanecen en Él.

El patrón es consistente, Abraham, Moisés, David, los profetas, los apóstoles, todos ellos compartían una

característica común que no siempre era visible desde el exterior, pero que definía completamente su vida y su ministerio: tenían un altar. Ellos vivieron pactos muy limitados en relación con el Nuevo Pacto que nosotros podemos vivir en Cristo; sin embargo, tenían un lugar de encuentro, una relación viva y constante con Dios. No eran hombres perfectos, no estaban exentos de debilidades, pero tenían algo que marcaba la diferencia, sabían volver, sabían permanecer, sabían depender.

Moisés no fue formado en el palacio, fue formado en el desierto, en el lugar donde no había reconocimiento, donde no había multitudes, donde solo estaba Dios tratando con su vida. Y fue allí donde aprendió a escuchar, a obedecer, a depender. Por eso, cuando tuvo que guiar a un pueblo, no lo hizo desde su capacidad, sino desde la relación que había cultivado. ***“Y hablaba Jehová a Moisés cara a cara, como habla cualquiera a su compañero” (Éxodo 33:11)***, una expresión que revela intimidad, cercanía, comunión.

David, antes de ser rey, fue un hombre de altar en lo secreto, en los campos, cuidando ovejas, escribiendo salmos, buscando a Dios en soledad. No fue el trono lo que lo formó, fue la presencia, no fue la posición lo que le dio identidad, fue la comunión. Por eso podía decir ***“Una cosa he demandado a Jehová, esta buscaré” (Salmos 27:4)***, porque había entendido que lo más importante no era lo que podía alcanzar, sino a quién podía conocer.

Estos hombres y mujeres no eran definidos por sus logros, sino por su relación, no por su actividad, sino por su intimidad. Y ese es el tipo de vida que Dios sigue buscando hoy, no personas ocupadas, sino personas disponibles, no personas que solo hacen, sino personas que permanecen, no personas que dependen de su capacidad, sino personas que viven en dependencia de Dios.

Un hombre o una mujer de altar no es aquel que simplemente tiene momentos de oración, es alguien cuya vida está centrada en la comunión, cuya prioridad es la presencia, cuya identidad está definida por su comunión con Dios. Son personas que han entendido que todo lo que Dios quiere hacer a través de sus vidas comienza en lo que Dios hace en lo profundo de sus corazones.

Este tipo de vida produce una estabilidad que no depende de las circunstancias, una claridad que no se ve afectada por las opiniones, una autoridad que no proviene de la posición, sino de la comunión. Porque cuando hemos estado con Dios, cuando hemos sido formados en Su presencia, cuando hemos sido tratados en lo secreto, lo que fluye en lo público tiene otro peso, otra sustancia, otra autoridad.

En un tiempo donde se valora lo visible, donde se mide el impacto por lo externo, donde se busca reconocimiento, el llamado de Dios sigue siendo el mismo, volver al altar, volver al lugar secreto, volver a la comunión. Porque lo que Dios busca no ha cambiado, sigue buscando corazones dispuestos,

vidas rendidas, personas que estén más interesadas en conocerle que en ser vistas.

***“Los ojos de Jehová contemplan toda la tierra, para mostrar su poder a favor de los que tienen corazón perfecto para con Él.”***

2 Crónicas 16:9

Esto no es a favor de los más capaces, ni de los más visibles, sino de los que tienen el corazón alineado, de los que viven en comunión, de los que han hecho del altar su prioridad.

Este capítulo no es solo una descripción, es una invitación a convertirse en ese tipo de hombre o mujer, no por ambición, sino por llamado, no por deseo de ser usado, sino por anhelo de conocer a Dios. Porque el mayor privilegio no es hacer algo para Dios, es estar con Él, es caminar con Él, es vivir en Su presencia.

Cuando ese tipo de vida se establece, cuando el altar es central, cuando la comunión es constante, Dios encuentra en esa vida un instrumento dispuesto, preparado, alineado. Entonces lo que Él quiere hacer no se ve limitado por la capacidad humana, porque ha encontrado un corazón que depende, que permanece, que se rinde.

Porque al final, Dios no busca herramientas, busca íntimos, no busca solo manos que trabajen, busca corazones que permanezcan. Y en cada generación, aquellos que

deciden vivir de esa manera, que deciden hacer del altar su prioridad, se convierten en los canales a través de los cuales Dios manifiesta Su presencia, Su poder y Su propósito en la tierra.

***“Dios es fiel, por quien fuisteis llamados a la comunión con su Hijo, Jesucristo nuestro Señor.”***

1 Corintios 1:9 (NVI)

## Capítulo veinte

# UNA IGLESIA QUE VUELVE A LA PRESENCIA

Cuando el altar es restaurado en la vida individual y el fuego vuelve a arder en el corazón de hombres y mujeres que han decidido regresar al lugar secreto, el impacto no se limita a lo personal, inevitablemente se extiende a lo colectivo, comienza a transformar la dinámica de la iglesia, redefine sus prioridades, alinea su enfoque y restaura su esencia. Porque la iglesia no es otra cosa que la suma de vidas que viven en comunión con Dios, y cuando esas vidas se ordenan, el cuerpo entero comienza a reflejar esa restauración.

La iglesia primitiva no fue conocida por su estructura, ni por su organización, ni por sus recursos, fue conocida por su extraordinaria comunión con Dios, por su dependencia del Espíritu Santo, por su vida de comunidad. ***“Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión, en el partimiento del pan y en las oraciones” (Hechos 2:42)***, mostrando que el centro no era la actividad, sino la presencia, no era el hacer, sino el permanecer, no era el individualismo, sino la unidad. Y como resultado de esa vida centrada en

Dios, el poder se manifestaba, la unidad se fortalecía, la iglesia crecía.

Una iglesia que vuelve a la presencia no es una iglesia que simplemente ajusta su programa, es una iglesia que reordena su corazón y sus prioridades. Una iglesia que redefine lo que es esencial, que deja de girar en torno al hombre para volver a girar en torno a Dios. Donde la oración deja de ser un complemento para convertirse en fundamento, donde la Palabra deja de ser un contenido para convertirse en vida, donde la presencia de Dios deja de ser un concepto para convertirse en una realidad.

En este tipo de iglesia, la prioridad no es llenar espacios, sino ser llenos de Dios, no es sostener actividades, sino sostener comunión, no es impresionar a los hombres, sino agrandar al Señor. Y en ese cambio de enfoque, muchas cosas que antes parecían indispensables comienzan a perder su lugar, mientras que lo que realmente importa vuelve a ocupar el centro.

La unidad también es restaurada cuando la iglesia vuelve a la presencia, porque la verdadera unidad no se construye en acuerdos humanos, se produce en la comunión del Espíritu. ***“Para que todos sean uno... como tú, oh Padre, en mí, y yo en tí” (Juan 17:21)***, esto no es un ideal teórico, sino una realidad que fluye cuando cada miembro está conectado con la fuente. Cuando la relación con Dios es central, las diferencias se ordenan, los intereses personales se alinean, el cuerpo comienza a funcionar en armonía.

El poder también se manifiesta en una iglesia que vive en la presencia, no como un espectáculo, sino como una evidencia de la obra de Dios. ***“Recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo”*** (Hechos 1:8), no como una experiencia aislada, sino como una realidad que se sostiene en la dependencia continua. Y ese poder no se utiliza para exaltar al hombre, sino para cumplir el propósito de Dios, para alcanzar, para transformar, para edificar.

Una iglesia que vuelve a la presencia también recupera el temor de Dios, no como miedo, sino como reverencia, como reconocimiento de su santidad, de su autoridad, de su centralidad. Y ese temor produce orden, produce pureza, produce una vida que no se acomoda a lo superficial, sino que busca agradar a Dios en todo. ***“El principio de la sabiduría es el temor de Jehová”*** (Proverbios 9:10), y cuando ese temor es restaurado, la iglesia vuelve a caminar con claridad, con dirección, con discernimiento.

Es importante entender que este regreso no ocurre de manera masiva sin un proceso previo, comienza en lo individual, en corazones que deciden volver, en vidas que restauran el altar, en personas que priorizan la comunión. Y a medida que esos corazones se multiplican, la cultura de la iglesia comienza a cambiar, el ambiente espiritual se transforma, la presencia de Dios se hace más evidente.

Esta no es la expresión de quien pretende idealizar la iglesia, es una visión de lo que puede y debe ser, cuando la iglesia vuelve a su diseño original, cuando deja de depender

de lo humano para volver a depender de Dios, cuando deja de centrarse en lo externo para volver a enfocarse en lo eterno.

Porque la iglesia no fue llamada a ser relevante por su capacidad, sino por su comunión y obediencia, no fue establecida para impresionar, sino para manifestar la gloria de Dios. Y esa gloria no se produce por esfuerzo humano, se manifiesta donde hay presencia, donde hay comunión, donde hay un pueblo que ha decidido volver al lugar secreto.

Cuando la iglesia vive de esa manera, su impacto trasciende lo visible, no solo crece en número, crece en profundidad, no solo se expande, se fortalece, no solo se mueve, transforma. Porque no es el hombre obrando, es Dios manifestándose en medio de un pueblo que ha entendido que sin su presencia, todo lo demás pierde sentido.

Porque al final, el llamado no es a construir una iglesia activa, es a ser una iglesia viva, no es a sostener estructuras, es a deleitarnos en la presencia, no es a llenar agendas, es a llenar el altar. Y cuando ese altar está encendido, cuando la comunión es real, cuando Dios vuelve a ocupar el centro, la iglesia deja de ser un lugar más y se convierte en el espacio donde el cielo toca la tierra, donde la presencia de Dios transforma, donde la vida fluye.

Y todo esto comienza en el mismo lugar donde todo siempre comenzó, en el lugar secreto, en ese espacio donde el hombre decide cerrar la puerta, encontrarse con Dios y

permitir que Él forme la vida que luego será usada para manifestar Su gloria en medio de Su pueblo.

Por último, quiero abrir mi corazón y contarles algo que puede ayudarles de manera personal. Cuando la gracia del Señor alcanzó mi vida, yo estaba solo en mi negocio. Era un joven vacío, cargado de heridas profundas en el corazón. No conocía nada de lo que hoy muchos consideran esencial: nunca había participado en reuniones, no había leído la Biblia, no había cantado una canción cristiana, ni había escuchado a un predicador.

Y, sin embargo, ese día... ese día la eternidad irrumpió en mi historia... La presencia de Dios descendió sobre mi vida, y todo, absolutamente todo, fue transformado.

No entraré en detalles, pero fui abrazado por un fuego que no consumía, sino que purificaba; por una luz que no hería, pero que exponía hasta lo más profundo de mi ser. Fui liberado, fui sanado, fui lleno de una plenitud que no sabía que existía. En un instante, lo que años no pudieron hacer, Su presencia lo hizo todo.

Y desde ese día, nunca más pude, ni quise apartarme de Él. He sido enseñado, procesado, formado en lo secreto. He atravesado caminos, experiencias y tratos que fueron moldeando mi corazón. Él me permitió comprender Sus diseños y, en Su gracia, comunicar Su verdad al pueblo.

Han pasado muchos años desde aquel encuentro. He disfrutado de Su presencia de maneras que las palabras no

alcanzan a describir. He servido al Rey, he predicado Su Palabra innumerables veces, he viajado por naciones, he enseñado en distintos formatos, y he escrito más de doscientos libros.

Pero debo decirlo con absoluta honestidad: nada, absolutamente nada, se compara con Su presencia. ¡Nada!

La mayor tragedia de un hijo de Dios no es caer, ni equivocarse... es acostumbrarse. Es que, después de años de caminar, de oír, de cantar, de aprender, de reunirse... su corazón deje de arder. Que pierda el asombro. Que se enfríe el deleite. Que lo sagrado se vuelva común.

Por eso, yo hago algo una y otra vez... (y creo que esto puede servirles) ¡Vuelvo a ese día! Cierro mis ojos y regreso. Camino en mi memoria hasta ese rincón olvidado, detrás de una vieja heladera mostrador, donde mis rodillas tocaron el suelo por primera vez con sentido eterno. Y allí... allí lo recuerdo.

Recuerdo que no tenía nada... y, sin embargo, lo tenía todo. Recuerdo la plenitud. Recuerdo el peso de Su gloria. Recuerdo la gracia soberana envolviéndolo todo, sin condiciones, sin méritos, sin historia. Y entonces me hablo a mí mismo.

Me recuerdo que todo lo que hoy tengo, lo recibí cuando no tenía nada que ofrecer. Así que vuelvo, vuelvo al lugar secreto, vuelvo a despojarme. Vuelvo a quitarme toda

vestidura, todo título, toda experiencia, todo logro. Me quedo sin nada... para encontrarlo todo. Me arrodillo, me rindo, me disuelvo en Su presencia... y vuelvo a ser.

Simplemente ser. He probado muchas cosas en la vida. He conocido emociones, logros, placeres, satisfacciones, pero todo palidece, todo pierde valor, todo se desvanece ante un solo instante en Su presencia. Por eso les ruego, como a hermanos, como a consiervos, como a aquellos que aman al Señor, deténganse, desciendan, despójense...

Dejen a un lado las vestiduras ministeriales, las exigencias, las estructuras, y vuelvan. Vuelvan al lugar secreto, vuelvan al fuego, vuelvan a Él.

Y cuando lo hagan, cuando verdaderamente regresen, verán cómo lo seco reverdece, cómo lo marchito revive, cómo lo perdido encuentra su sentido otra vez. Porque todo comienza... y todo vuelve a comenzar en Su presencia, solo en Su presencia.

***“Por lo tanto, que todos los justos oren a ti, mientras aún haya tiempo, para que no se ahoguen en las desbordantes aguas del juicio.  
Pues tú eres mi escondite; me proteges de las dificultades y me rodeas con canciones de victoria....”***

Salmo 32:6 y 7 NTV

# RECONOCIMIENTOS

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia, me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en mí página personal [www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com) y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

## Doctor y maestro de la Palabra

*Oswaldo Rebolleda*



El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

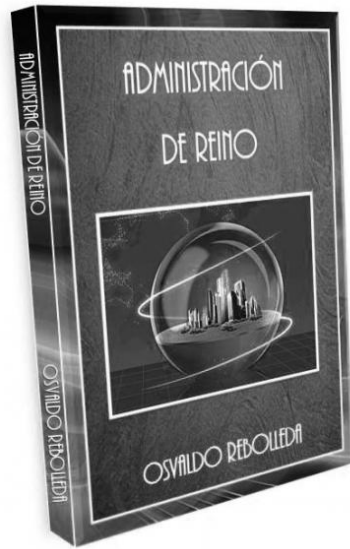
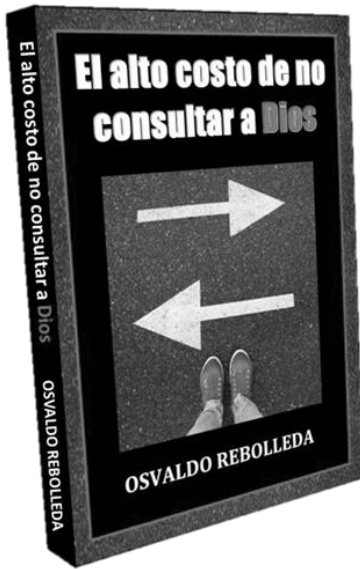
El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE) y ha sido reconocido con un

**Doctorado Honoris Causa en Divinidades de  
La Universidad teológica de Estados Unidos.**

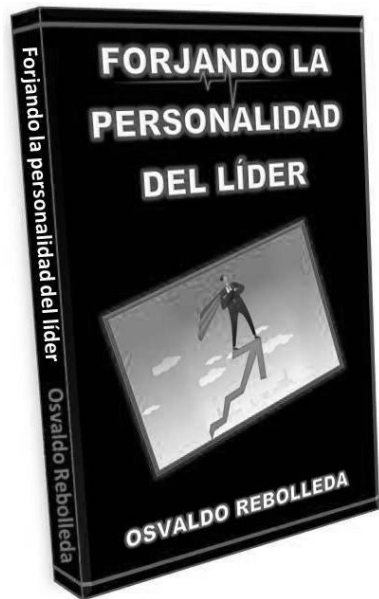
Hasta hoy en día ministra de manera itinerante en Argentina  
Y hasta lo último de la tierra.

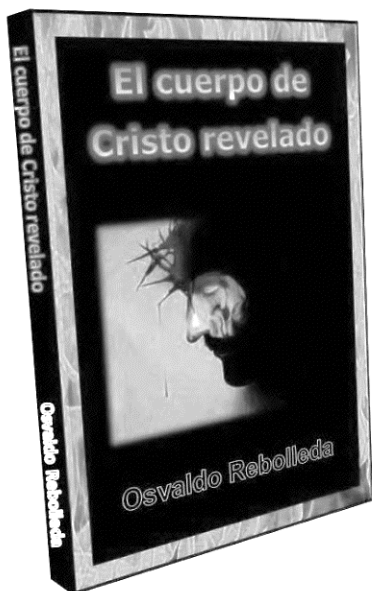
[rebolleda@hotmail.com](mailto:rebolleda@hotmail.com)

[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)

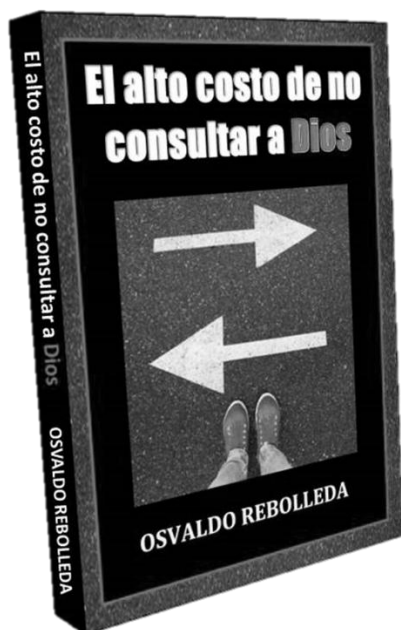


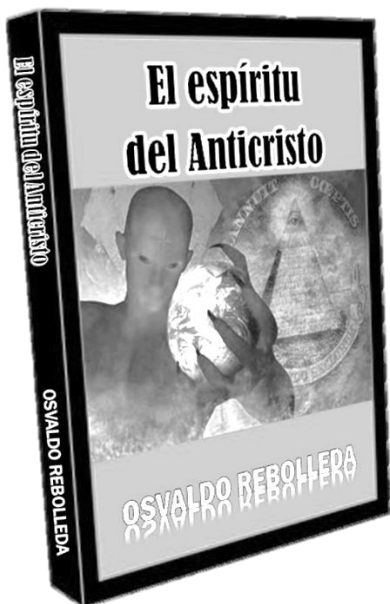
[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)



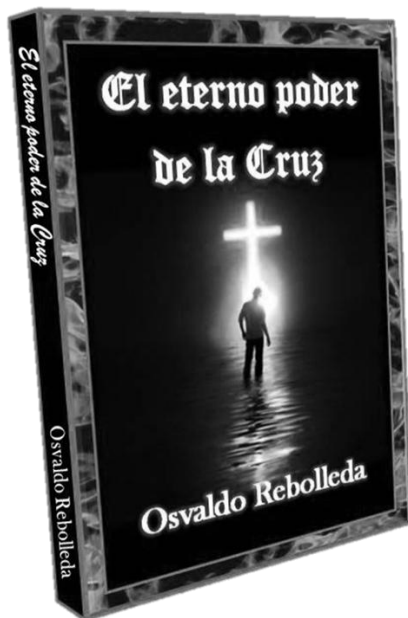
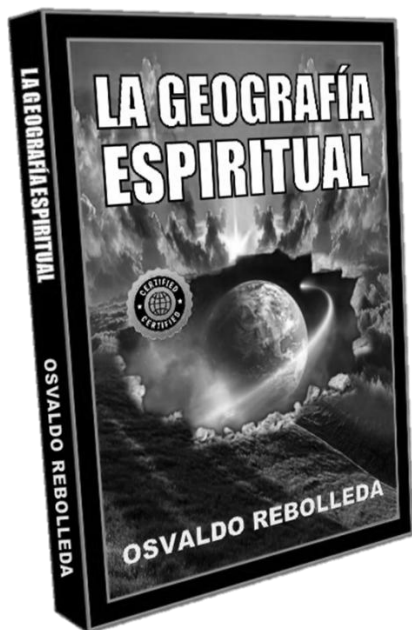


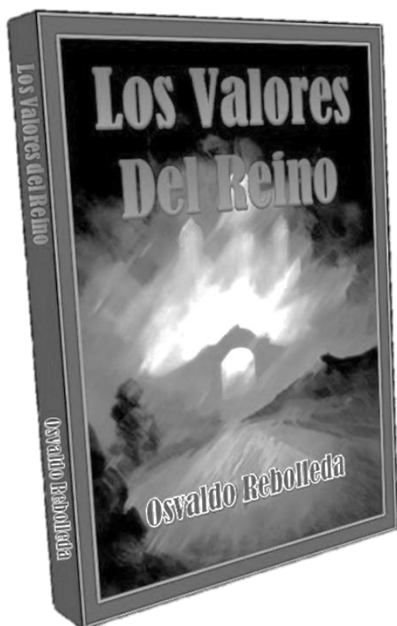
[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)





[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)





[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)

